



YADIRA HENRÍQUEZ NUÑEZ

SERIE BIOGRAFÍAS

MEDALLA AL MÉRITO DE
LA MUJER DOMINICANA 2021



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER



MEDALLA AL MÉRITO DE LA MUJER DOMINICANA

Cada año, el 8 de Marzo, engalana la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, reconocimiento creado mediante el Decreto No. 3013 en el 1985, para reconocer el trabajo y la valía de mujeres que, con su trayectoria y aportes, reafirman históricamente que han sido siempre grandes conquistadoras y luchadoras en todos los ámbitos, superando y cerrando las brechas sociales, económicas y políticas.

A través de este reconocimiento, año tras año, se ven los aportes de las mujeres en cada postulación recibida, en cada candidatura que muestra con vastas evidencias, la capacidad de las mujeres en todo lo que se proponen, el tiempo que invierten y los frutos obtenidos a pesar de las limitaciones y dificultades.

Para el Ministerio de la Mujer este galardón es un orgullo, es motivo de alegría, y un acto de justicia reconocer junto al Poder Ejecutivo a esas grandes mujeres dominicanas, que con su trabajo no solo contribuyen al desarrollo humano, sino también dejan en alto, dentro y fuera del país, a la República Dominicana.

En su entrega número 36, catorce mujeres destacadas en las categorías de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología, Municipalista, Emprendedurismo e Innovación, Inclusión e Igualdad, Deporte, Labor Comunitaria, Empresaria destacada en el extranjero, Política, Salud, Laboral y Póstuma, recibieron este importante reconocimiento mediante el Decreto del Poder Ejecutivo No. 143-21.

MARGARITA CORDERO

YADIRA HENRÍQUEZ NÚÑEZ

SERIE BIOGRAFÍAS MEDALLA AL MÉRITO
DE LA MUJER DOMINICANA 2021



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER

Santo Domingo, República Dominicana
2022

Ministerio de la Mujer

Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana

Biografía Yadira Henríquez Núñez
Medalla al Mérito a la Mujer Dominicana 2021,
Categoría: Política

Autora: periodista Margarita Cordero
Revisión de estilo: Aimara Vera
Cuidado de edición: Carolina Acuña
Diseño y diagramación: Dirección de Comunicaciones
Impresión: Servicios Gráficos Tito
ISBN: 978-9945-9342-4-3

©Ministerio de la Mujer, 2021
Av. México Esq. 30 de Marzo, Bloque D, segundo piso,
Santo Domingo, D. N., República Dominicana
Teléfono: (809)685.3755
E-mail: info@mujer.gob.do
www.mujer.gob.do

Agradecimientos

A Dios primero, por su constante presencia en mi vida.

A mis padres.

A Vicente, mi amor y compañero de vida.

A mis hijas e hijo, nietas y nieto.

A mis hermanos y hermanas.

A esa legión de mujeres, mis amigas y compañeras, que comparten conmigo esta lucha permanente por el reconocimiento a nuestros derechos.

A mi eterno Líder, José Francisco Peña Gomez, por creer en mi.

Al Partido Revolucionario Dominicano de entonces.

Al Partido Revolucionario Moderno.

Al Ministerio de la Mujer por abrir estos espacios de reconocimiento a nuestro trabajo.

A nuestro Presidente Luis Abinader por su respaldo y confianza.

A todos, a todas gracias por estar, por acompañarme siempre en esta lucha por la democracia, la justicia y la equidad.

A todos y a todas, gracias desde lo más profundo de mi ser.

¡Gracias, gracias, gracias!

Yadira Henríquez

Índice

Capítulo I	Un continente en movimiento	17
Capítulo II	Los años de la inocencia	21
Capítulo III	La política como opción	29
Capítulo IV	Fraguando un liderazgo	39
Capítulo V	La lucha por la reforma legal a favor de las mujeres	49
Capítulo VI	El reto de impulsar políticas públicas	55
Capítulo VII	La amiga y la política	75
Capítulo VIII	Yadira íntima	87

Presentación

Con estas publicaciones, el Ministerio de la Mujer inicia la Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, con la finalidad de crear un acervo bibliográfico sobre mujeres galardonadas cada 8 de marzo, por su destacada participación en el ámbito económico político y social del país.

Cada una de las biografiadas representa una forma distinta de construirse mujer. Son distintos sus orígenes y distintos los derroteros de sus vidas. Empero, todas tienen en común haber enfrentado con decisión y valentía los obstáculos que la cultura patriarcal opuso a la conquista de sus sueños. Todas ganaron para ellas el espacio desde el cual han afirmado su valor social y de género.

Gracias al esfuerzo de incontables teóricas feministas a lo largo de las últimas seis décadas, a la historiografía masculinizada le resulta hoy imposible hablar de historia omitiendo a las mujeres. Un logro, sin duda alguna, sobre el intencionado ocultamiento de la contribución femenina a la lucha de los pueblos por la justicia.

Pero este logro debe ser complementado con la historia de las mujeres, es decir, como afirma Ana Linda García Peña, con la explicación de los cambios en las relaciones de poder que perpetúan la desigualdad, la dominación masculina y la subordinación femenina.

En nuestro país, donde la historiografía sigue siendo desigual con las mujeres, el inicio de esta colección también busca reivindicar el valor personal de las biografiadas y sus logros sociales como dinamismo y a la vez consecuencia de la lucha de todas mujeres contra la discriminación y la exclusión.

El inicio de la Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana reafirma el compromiso del Ministerio de la Mujer con un mundo en el que las mujeres, libres del lastre de las desigualdades, puedan desplegar las alas de la creatividad y mirar el futuro con optimismo.

Mayra Jiménez
Ministra de la Mujer

36^º ENTREGA

MEDALLA AL

*é*rito



DE LA MUJER DOMINICANA

2021



Yadira Henríquez junto al presidente constitucional de la República y demás autoridades al recibir la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, en la categoría de Política.



Capítulo I:

*Un continente en
movimiento*



Yadira entregando regalos a embarazadas mejoramiento social.



Yadira en reunión con el representante de la Organización Internacional de las Migraciones.

I. Un continente en movimiento

El año 1959 fue decisivo para la República Dominicana. Junio arrimaría a las playas de Estero Hondo y a las montañas de Constanza y Maimón, a lo más notable de la juventud anti trujillista en el exilio.

En la década de los cuarenta del pasado siglo, Cuba acogió a una gran cantidad de exiliados antitrujillistas a quienes las organizaciones democráticas y revolucionarias brindaron aliento y respaldo en su lucha contra el régimen. En 1947, Juancito Rodríguez, un rico hacendado de La Vega salido un año antes al exilio en la hermana isla, pondrá sus bienes al servicio del primer intento de derrocar por la vía armada la dictadura de Rafael Trujillo.

En América Latina, los años que siguieron a estos acontecimientos locales cambiaron el mapa político continental. La Guerra Fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética repercutió en los países del continente, que reaccionaron a la disolución de los frentes nacionales al tenor de los intereses de Washington, articulando movimientos y respuestas políticas antiimperialistas. La lucha contra las dictaduras y por la democracia barrió del litoral caribeño sudamericano a los regímenes del colombiano Gustavo Rojas Pinilla y del venezolano Marcos Pérez Jiménez. En Nicaragua, la dinastía somocista comenzó a sentir el empuje de la fuerza del sandinismo cuando la columna guerrillera “Rigoberto López Pérez”, comandada por

Rafael Somarriba se enfrentó en un combate militarmente desigual al ejército de la dictadura, dejando sembrada la semilla que germinaría veinte años después con el derrocamiento de Anastasio Somoza Debayle. Centroamérica completa es agitada por las aguas del movimiento social del que surgieron numerosos grupos revolucionarios que organizaron una corriente antiimperialista y democratizadora que se extendería hasta bien entrados los años setenta.

En el mapa político del continente, solo tres países parecían resistirse a la transformación de las reglas del juego social que producían estos movimientos con gran ascendente de masas: la República Dominicana, Nicaragua y Paraguay. Sintiendo acorralado, Trujillo llevará su terror fuera del territorio dominicano en un esfuerzo por debilitar.

La amenaza que se cernía desde los países vecinos que habían logrado la democracia o luchaban abiertamente por obtenerla, e incrementará la represión interna para contener el acelerado debilitamiento de los resortes de su régimen. Empero, el viejo topo de la voluntad libertaria del pueblo dominicano continuó socavando los pilares políticos e ideológicos que le daban sostén.

A contrapelo de la represión desatada, el fracaso militar de los expedicionarios de 1959 se convirtió en estímulo del movimiento clandestino que cobró forma orgánica en enero de 1960, bajo el liderazgo de Minerva Mirabal. Impulsado por un grupo de jóvenes de clase media, muchos de ellos hijos de familias vinculadas al trujillismo, el subterráneo descontento de la población se había extendido como mancha de aceite. El triunfo de la revolución fidelista encendió las alarmas de los Estados Unidos. Temerosos del surgimiento de una «nueva Cuba» en el Caribe, decidieron alentar al grupo de conspiradores que en mayo de 1960 ajusticiaría al tirano y abriría para el país las puertas a una democracia tutelada por Washington.

Capítulo II:

Los años de la inocencia



II. Los años de la inocencia

En esa República Dominicana que caminaba lenta, pero sostenidamente, hacia la libertad, nacerá en la Vega, el 24 de enero de 1959 Yadira Altagracia, hija de Eladio Henríquez, comerciante, y Ramona Núñez, Opositor al régimen, Eladio se vinculó al movimiento clandestino. Por intermedio de un sacerdote de apellido Vargas, cultivó una estrecha relación de amistad con monseñor Francisco Panal, autor de la famosa homilía pronunciada en marzo de 1961 en la catedral Inmaculada Concepción, en la que, en presencia de Trujillo, criticó de forma acerva las necesidades de la población vegana y los destierros y prisiones que sufrían los jóvenes del Movimiento Clandestino Catorce de Junio, develado un año antes.

La vida de Yadira quedará marcada desde muy temprano por la actividad política de su padre. Desde su primera infancia, el trajinar de los dirigentes del PRD y de otras organizaciones por los pasillos de la casa paterna, irá diseñando un mundo donde la privacidad estaba sujeta a la intensidad de la política.

Pero no solo de Panal era amigo. La familiaridad se extendía a un numeroso grupo de sacerdotes con los que, además de la plática sobre temas relevantes, compartía la afición por el entretenido juego del dominó. Su abierto apoyo a los sacerdotes se intensificó a raíz de la irrupción durante una misa de un grupo de mujeres prostitutas, posiblemente embriagadas, llevadas hasta el templo por Marino Vinicio (Vincho) Castillo para

escandalizar a los fieles y hacerle ver a la Iglesia hasta dónde eran capaces de llegar el moribundo régimen trujillista y sus secuaces.

Eladio descollaría como dirigente político tras la caída de la dictadura, y será uno de los fundadores en su ciudad del Partido Revolucionario Dominicano, organización formada en su exilio cubano por el profesor Juan Bosh que se instalará en el país el 5 de julio de 1961, apenas treinta y cinco días después del ajusticiamiento de Trujillo. En la organización opositora ocupó desde el inició distintas posiciones directivas, entre ellas la presidencia local vegana. En las primeras elecciones libres en más de treinta años, celebradas en 1962, es electo diputado al Congreso por su partido. Durante los más de veinte años que sobrevivió a ese acontecimiento, continuará vinculado a la militancia activa, compartiendo con los dirigentes del PRD los riesgos de los eventos que volvieron a teñir de sangre la historia dominicana desde el derrocamiento en septiembre de 1963 del primer gobierno democrático posdictadura encabezado por Bosch, hasta agosto de 1978 cuando el perredeísmo retorna al poder con Antonio Guzmán como presidente.

La vida de Yadira quedará marcada desde muy temprano por la actividad política de su padre. Ya en su primera infancia, el trajinar de los dirigentes del PRD y de otras organizaciones por los pasillos de la casa paterna, irá diseñando un mundo donde la privacidad está sujeta a la intensidad de la política. Familia numerosa, los Henríquez Núñez agregaban a su cotidianidad la presencia de otros familiares que nutrían la experiencia emocional de los más pequeños. Para entonces, como acontecía en una sociedad más cercana a la ruralidad que a lo urbano, en la vida vegana los vínculos primarios jugaban un papel fundamental en la formación de los jóvenes. Dos sobrinos se integraron a la prole de los Henríquez Núñez, elevando a ocho las criaturas bajo su tutela, además de la abuela materna y una hermana paterna, (Esperanza del Carmen).

La Vega se precia también de ser el centro que irradió el catolicismo a toda la isla. Fue en su territorio donde nació la leyenda, convertida en historia por la hispanofilia, de la aparición de la Virgen de

las Mercedes para dar la victoria a las tropas españolas, respaldadas por indios colaboracionistas obedientes a Guacanagarix, sobre los aborígenes que las hostigaban y la mantuvieron cercadas por un lapso que los historiadores no han logrado determinar. La tradición ha querido que la respuesta de los indios a la explotación del oro en el cacicazgo de Maguana y sus resultados se convirtiera en mito que ha pervivido desde entonces y alimentado la catolicidad vegana.

Fue en este ambiente en el que mezclaba el compromiso paterno con la política y el estímulo social por la cultura, se desarrollan la infancia y la adolescencia de Yadira. El Colegio Agustiniiano, con una innovadora perspectiva pedagógica que sustituía la memorización por la reflexión, la acogerá en sus aulas y abrirá el apetito de saberes críticos que ha alimentado a través del tiempo su quehacer social y político. Algo tiene de premonitorio que su escolarización comenzara en este colegio fundado y dirigido por la Orden Agustiniiana. Llegados al país en 1953 para explorar las posibilidades de trabajo pastoral y social, los sacerdotes Miguel y Félix Rabanal sugirieron a sus superiores la apertura en La Vega de un colegio que, pese su promesa de excelencia académica, reproduciría el esquema de matriculación separada por sexo imperante entonces. Desde la presentación de los planos para elevar la construcción en terrenos donados por los esposos Ramón Hernández y Altagracia López, los gestores tuvieron que enfrentar las resistencias de las autoridades oficiales, que solo serán vencidas tras la intervención ante Trujillo del administrador apostólico de La Vega Fr. Leopoldo de Ubrique.

Pero los agustinos no las tenían todas con ellos. A las dificultades económicas que obligaban a recortar el alcance de los planes, se uniría en junio de 1960 la expulsión del país de todos los miembros de la orden, quedando el colegio en manos de particulares comprometidos con mantenerlo a flote hasta tanto cambiaran las condiciones políticas y sus ideadores pudieran retornar y recuperar las riendas. Derrocada la dictadura, el colegio retornó a su perdida normalidad bajo la dirección del padre Ricardo Reguera; comenzó entonces el debate sobre la conveniencia de aceptar en las aulas a las niñas veganas; una posibilidad que los opositores al cambio consideraban

tendencialmente peligrosa. Los desacuerdos se mantendrían hasta el año lectivo 1965-1966, cuando los partidarios de la matrícula mixta logran que su propuesta de inclusión fuera aceptada. Entre las niñas y muchachas que abandonaron los colegios femeninos estará Yadira quien, pese a su apariencia tranquila, no tardará en mostrar su vitalidad y su afición por los deportes hasta entonces predominantemente masculinos.

En la memoria de Yadira, el recuerdo de su infancia y adolescencia es feliz. De ella evoca el amor prodigado por sus padres, la cómplice relación con sus hermanos y la estimulante compañía de los amigos que aumentaban el caudal de momentos placenteros en aquella ciudad enclavada en el centro de la isla donde la vida transcurría plácida.

Yadira no será buena estudiante, pero sí buena alumna. Una contradicción solo aparente cuando se interpreta desde el doble plano de sus preferencias personales y las obligaciones que le imponía Eladio, estricto vigilante del cumplimiento de las tareas escolares e implacable con las malas calificaciones. El día 25 de cada mes, con la solemnidad de quien cumple un rito transcendente, el padre asistía a la escuela para recoger, curso por curso, los boletines de nota de sus seis hijos y dos sobrinos, hijos de una hermana que, a raíz de su divorcio, pasó a vivir bajo su mismo techo. Parado frente a los profesores y profesoras, con voz grave y cómplice, les hacía saber su complacencia de compartir con ellos el crecimiento personal, social y académico de su prole, pero también la obligación disciplinaria. Él en la casa; ellos, en el aula. Distintos espacios, pero igual responsabilidad de no permitir que sus hijos e hijas se desviarán del buen camino. Era también su inteligente manera de comprometerlos con el curso de las jóvenes vidas bajo su magisterio. Esta rigidez de su padre, que en ocasiones pudo llegar al exceso, se reflejará en el carácter de Yadira, como coinciden en apuntar sus hermanos y hermanas, que ven en ella el remedo atenuado por la sensibilidad de la intransigencia paterna con aquellas cosas que, en su visión del mundo, escapaban a la rectitud que exigía como conducta a sus descendientes.

En la memoria de Yadira, el recuerdo de su infancia y adolescencia es feliz. De ella evoca el amor prodigado por sus padres, tías, tíos y abuelos, la cómplice relación con sus hermanos y la estimulante compañía de los amigos que aumentaban el caudal de momentos placenteros en aquella ciudad enclavada en el centro de la isla. Quien la viera actuar en el espacio público no podía suponer que la timidez era la principal característica de aquella niña inclinada a los deportes al punto de que no pocos llegaron a endilgarle el prejuicioso mote de “marimacho”. Miembro del equipo de baloncesto femenino del colegio, era asimismo una apasionada del voleibol, el campo y pista, la natación y una gran cantidad de juegos tradicionales expulsados hoy del entretenimiento infantil por el videojuego y la tecnología. Su inclinación deportiva también estuvo determinada por la influencia paterna y, posiblemente con mayor peso, por la tradición de la ciudad misma, sede de los primeros juegos deportivos nacionales celebrados en agosto de 1937 y a los que debe el apelativo de Ciudad Olímpica, además de ser la patria chica de renombrados deportistas.

Pero hay un recuerdo que viene de una edad tan temprana, cuando apenas balbuceaba, que no se explica cómo lo retiene en la memoria. Es el de un momento en el que Eladio pide a Ramona refugiarse con ella y su hermano mayor en el baño de la casa para resguardarse de la furia de los llamados paleros, una banda de civiles vinculada a los servicios de seguridad, creada tras el ajusticiamiento del dictador por el general Tunti Sánchez, amanuense de Ramfis Trujillo, para reprimir a la oposición que ya había salido a las calles a reivindicar la instauración de la democracia. Casa construida en madera, como casi la totalidad de las viviendas pueblerinas de la época, la que habitaban los Henríquez-Núñez era particularmente vulnerable. En su sensibilidad de adulta a Yadira todavía le parece sentir cómo la estructura de la casa se estremecía bajo el embate de los facinerosos dirigidos desde la capital por José Antonio Jiménez (Balá).

Fue esa su primera vivencia de la política, si puede llamarse tal. Después vendrían otras, sin el escalofrío que provoca el peligro, pero que en Yadira engrosaron el tapiz de sus primeras percepciones de una actividad que,

casi de manera natural, se constituiría en el eje alrededor del cual ha girado su vida. Sociedad conservadora, pese a los héroes y heroínas que desde la clandestinidad o el exilio hicieron causa común con los grupos antitrujillistas, la vegana no produjo un movimiento de mujeres como ocurrió en otros pueblos. Una razón más para que la pequeña segunda hija de los Henríquez-Núñez se convirtiera en permanente candidata a entregar el tradicional ramo de flores que recibían las mujeres perredeístas llegadas desde la Capital u otros pueblos cercanos para llevar el mensaje de la lucha por la democracia.

En su sensibilidad de adulta a Yadira todavía le parece sentir cómo la estructura de la casa se estremecía bajo el embate de los facinerosos dirigidos desde la Capital por José Antonio Jiménez (Balá).

El país no era entonces propicio, y La Vega no fue la excepción, para el despliegue de las capacidades y habilidades femeninas que ya pugnaban por expresarse, empujadas por los vientos llegados desde sociedades, como la estadounidense, en las que las mujeres ganaban derechos y visibilidad pública. Transcurrirían varios años antes de que en la República Dominicana la teoría feminista cosechara adeptas. El imaginario social continuaba fomentando una ideología sobre la mujer que la reducía al papel biológico de reproductora y la marginaba de los grandes conflictos, salvo en las ocasiones en que reproducía a escala social los roles domésticos, como aconteció durante la Guerra de Abril de 1965. El ejemplo de las hermanas Mirabal y otras luchadoras clandestinas contra la dictadura, y el de las mujeres que salieron a las calles en el inmediato posttrujillismo y, después, durante el gobierno de los doce años de Joaquín Balaguer, no lograron vencer las resistencias a que la mujer ocupara espacios relevantes en la política partidista y en el espacio público. La vida llevará a Yadira a romper con este paralizante esquema.

Capítulo III:

La política como opción



Firma de convenio institucional con la cancillería junto a la dra. Milagros Ortiz Bosh.



Junto al presidente Hipólito Mejía y Jean Beltrand Aristide, presidente de Haití.

III. La política como opción



XXXII Reunión de la Mesa Directiva de la Conferencia Regional sobre la mujer de América Latina y del Caribe. San José, Costa Rica, 19-20 de Abril del 2001.



Reunión de la Secretaría de Estado de la Mujer con legisladores y ONG.

III. La política como opción

Apenas despuntan los años setenta del pasado siglo cuando Yadira Henríquez comienza a incursionar en la política. Su entusiasmo tenía credencial propia. A su padre Eladio le debe haberla asomado a la apasionante actividad que le permitía interactuar con los hombres en ámbitos distintos a los socialmente permitidos pero que, sobre todo, la distanció de «lo» femenino. En su nuevo universo, la defensa de lo común y el sentido de colectividad ampliaba su horizonte existencial y la obligaba a una mirada introspectiva. El proceso fue acumulativo, pero Yadira fija como punto de inflexión el momento de sus catorce años. Compañera de su padre en las caravanas, más por amor filial que por comprensión de la política, sintió que descubría su vocación, el espacio al que quería pertenecer como protagonista.

Eran los tiempos del Acuerdo de Santiago, una coalición opositora encabezada por el Partido Revolucionario Dominicano que procuraba la derrota en las elecciones de 1974 del gobierno autoritario de Joaquín Balaguer, surgido en 1966 de unas «elecciones» celebradas en un país ocupado por las tropas norteamericanas con la finalidad política de desarticular el movimiento revolucionario mediante el asesinato, la cárcel y el exilio. Antonio Guzmán, el empresario agrícola dirigente del PRD en cuya casa se dio forma al proyecto acuerdista, era un cercano amigo de Eladio, *Yayo) por lo que su figura era familiar a Yadira. La adolescente, que no se había curado de la timidez infantil, se desdoblaba cuando, megáfono en mano y subida a un vehículo, amplificaba las consignas opositoras durante

todo el trayecto de las masivas movilizaciones de la coalición. A diferencia de la mayoría de los muchachos y las muchachas de su edad, muchos de ellos adversarios por razones de estatus social o vínculos paternos con el balaguerismo, Yadira buscaba todas las vías posible para informarse de lo que acontecía en el país. El programa Tribuna Democrática, órgano oficial del PRD difundido a través de Radio Comercial, era su «toque de queda» vespertino. Su mundo adolescente se nutrió con los discursos pronunciados en este programa por José Francisco Peña Gómez y con los análisis e informaciones que se ofrecían sobre el acontecer político. Fue a través de este programa, y de otros informativos que en la época se destacaron por su beligerancia en defensa de las libertades públicas, como Yadira se enteraría de la larga agonía de Sagrario Ercira Díaz, la joven universitaria baleada cuando fuerzas policiales violaron el fuero de la Universidad Autónoma de Santo Domingo y dispararon a mansalva contra los estudiantes. Fue también pegada al aparato de radio que viviría, minuto a minuto, el desventajoso enfrentamiento entre fuerzas militares provistas de cañones, tanques de guerra y helicópteros, y cuatro hombres que defendieron hasta el último momento con gran arrojo, su derecho a vivir: Amaury Germán, Bienvenido Leal Prandy, Ulises Cerón Polanco y Virgilio Perdomo.

Su traslado a la capital en 1976 para comenzar estudios universitarios será la ocasión de vincularse orgánicamente al PRD. Aunque, en términos estrictos, su adhesión al liderazgo de Antonio Guzmán hacía innecesaria esta formalidad. Visita frecuente en su casa de La Vega, entre el dirigente perredeísta y la joven seguidora se estableció una relación de profundo afecto. Con 18 años, en el 1977 recorrió el país acompañando al entonces precandidato presidencial en tareas de promoción de sus aspiraciones. Tal era la cercanía y el afecto paterno que Guzmán le demostraba, que muchos llegaron a pensar que era su hija. Su función: gritar consignas y aplaudir. Tarea autoimpuesta frente a la fragilidad reconocida de su incompetencia juvenil que, por demás, la ayudaba a escapar de su insuperada cortedad.

La campaña electoral no era una fiesta. La amenaza de la represión política se cernía de manera persistente sobre la oposición perredeísta, amenazando

la vida de sus dirigentes y contagiando de miedo a importantes sectores de la población. Con ocasión de un recorrido de campaña por la región sur, Yadira vivirá un momento que rememora como uno de los más recios de su quehacer político. Sucedió que la numerosa comitiva perredeísta que acompañaba a Guzmán llegó a Barahona en las primeras horas del anochecer, pero se les negó alojamiento en el Hotel Guarocuya, donde habían acordado pernoctar; debieron hospedarse en establecimientos poco adecuados, como el que les tocó a ella y a Ofelia Cáceres. Al día siguiente, en el trayecto a Jimaní, recibieron la información de que grupos vinculados al oficialismo balaguerista planeaban atentar contra la vida del ya candidato Guzmán, Peña Gómez y otros acompañantes, buena parte de ellos miembros del máximo organismo de dirección del PRD. Pero la opción no era retroceder, sino enfrentar el lance. En las cercanías de Boca de Cachón, la amenaza se materializó, aunque no hubo víctimas mortales. El miedo se había apoderado de los habitantes de la región, la más pobre y desolada del país. Con toda seguridad por temor a las represalias, los comercios rehusaron vender alimentos a los perredeístas o darles un vaso de agua. Postrer Río será escenario de un nuevo enfrentamiento. En el recuerdo de Yadira quedó grabada la escena de los camiones que encabezaban el recorrido devolviéndose para ir en auxilio de quienes estaban siendo atacados. Decenas de perredeístas sacaron al aire sus machetes como única arma de defensa. En Neiba, el valor y coraje de Guzmán se le revelarían a la adolescente que, en ese instante, sustituyó el desasosiego que le provocaba la circunstancia por una avasalladora admiración: un oficial de puesto en la fortaleza de esta lejana y empobrecida ciudad ordenó a Guzmán descender del vehículo para requisarlo. La negativa a obedecer llegó acompañada de una tranquila pero firme admonición: «Tenga mucho cuidado. La persona con quien usted está hablando es el próximo comandante en jefe de las Fuerzas Armadas».

La represión y su peligro eran el pan cotidiano para los opositores en una época signada por el terror, la intolerancia y la persecución de las ideas y la muerte, aunque temida, visita siempre esperada.

La categórica respuesta la haría pensar que, a partir de esemomento, en aquella remota población fronteriza, se pelearía «de mala manera». Frente a aquella escena, auguradora de desgracias, ella sintió la vida colgando de una expectación casi cinematográfica. Mas la sangre no llegó al río. La firmeza de aquel hombre al que no arredró la orden militar hizo que el beligerante oficial recobrara la sensatez, y la tensión comenzó a deshacer su nudo. Al fin y al cabo, la represión y su peligro eran el pan cotidiano para los opositores en una época signada por el terror, la intolerancia y la persecución de las ideas y la muerte, aunque temida, visita siempre esperada.

También para la época en que participaba en la campaña proselitista de Guzmán, Yadira había comenzado su involucramiento con el trabajo de captación de las mujeres para la militancia partidaria que, con el correr de los años, signará su liderazgo social y político. Junto a Leonor Sánchez Baret y Dolores González (La Chiqui), dos dirigentes históricas del PRD, se implicó en la llamada «rama femenina» del partido, una especie de prótesis de la organización que, para entonces, no asumía la reivindicación de los derechos femeninos, pese a que el tema había comenzado a ser debatido en la esfera universitaria por mujeres profesionales, muchas de las cuales militaban en sus filas.

Las urnas llevarán a Guzmán al gobierno en 1978, pero Yadira, que apenas había completado el bachillerato, no aspiraba a ver retribuida su militante entrega a la causa del candidato triunfante. Eran tiempos intensos; la recuperación de la democracia dañada por Balaguer despertó en la población la necesidad de participar también de los espacios simbólicos del poder. Con acceso fácil al Palacio Nacional por sus relaciones afectivas con el presidente Guzmán, la adolescente, que en ese momento no tenía idea ninguna del funcionamiento del Estado, se convertirá en la persona que paseaba por los pasillos palaciegos a los ciudadanos y ciudadanas deseosos de conocer el edificio desde donde se decidían los destinos del país. Hasta que un día, en uno de esos recorridos realizados casi por diversión, se encontrará con el mandatario. Para su sorpresa, Guzmán le preguntó cómo le estaba yendo. En principio, no captó el sentido de la pregunta. El interés del mandatario era saber el cargo gubernamental en que había sido

nombrada la enardecida adolescente compañera de sus largos recorridos en busca de votos. Sin que ella se enterara sino hasta unos meses después, su desempleo terminó en ese momento.

Otro encuentro con Guzmán y la consabida pregunta sobre la marcha de su trabajo, crearía una situación que la devolverá al paro antes de lo que hubiera querido. Al parecer, molesto porque el nombramiento no había sido ejecutado, Guzmán llamó a Víctor Cabral, titular de la recién creada Dirección de Turismo, para pedir cuentas, y el funcionario se sintió molesto. Su permanencia en el cargo de asistente de Relaciones Públicas duraría poco. Mal acogida, sin ni siquiera un escritorio frente al cual sentarse ni encomienda alguna de labores, por simples que fueran, decidió regresar a su vida de estudiante y a su actividad de guía voluntaria por los neoclásicos salones del Palacio Nacional.

En 1982, bajo el gobierno de Salvador Jorge Blanco, volverá al sector público como encargada de Asistencia Social del Programa de Medicamentos Esenciales (PROMESE). Su experiencia en las lides no siempre amables de la función gubernamental había comenzado.

III. La política como opción



Firma de convenio SEM- PROFAMILIA.



Maratón de la Secretaría de la Mujer.

Capítulo IV:

Fraguando un liderazgo



Embajador de los Estados Unidos.



Firma de convenio con la UASD.

IV. Fraguando un liderazgo

Ni el fogueo en la campaña electoral ni los años en que se fue haciendo adulta al lado de su padre, habían logrado vencer la timidez de Yadira. Peor aún: en lugar de disminuir, se convirtió en miedo escénico que la paralizaba cuando debía tomar la palabra en las reuniones de mujeres militantes en las que participaba. Recuerda cómo le temblaban las manos y una copiosa sudoración empapaba su espalda en cada ocasión en que sus compañeras la incitaban a exponer sus ideas fuera de su círculo de confianza.

Sentía envidia de aquellos campesinos y campesinas analfabetas que, sin embargo, se valían de la palabra enfática y de una claridad expositiva que la deslumbraba.

Sentía envidia de aquellos campesinos y campesinas analfabetas que, sin embargo, se valían de la palabra enfática y de una claridad expositiva que la deslumbraba. a quienes en su partido exhibían la facilidad discursiva que conquistaba el fervor de las masas, entre los que José Francisco Peña Gómez era sin duda el mejor. Fue precisamente el líder perredeísta quien la enfrentará a sus miedos. Recuerda la ocasión, de fecha imprecisa, en que la conminó a hablar durante un mitin donde estaban presentes delegados de la Internacional Socialista. De nada valieron sus advertencias de lo mal que podía hacer quedar a su partido, la confesión reiterada de su incontrolable glosofobia. Peña Gómez no transigió a sus ruegos. Frente a lo inevitable, decidió escribir su discurso, practicar su lectura durante horas, torturada por todos los dolores físicos imaginables. Se ve nuevamente allí, frente al micrófono en un podio que la elevaba sobre la concurrencia, sintiendo que

el tiempo pasaba con pesadez de plomo, toda ella estremecida.

No pasó con éxito la prueba de fuego, pero, quizá por eso, se obligaría a un prolongado aprendizaje en el que Peña Gómez continuó cumpliendo su magisterio y sus compañeras de la «rama femenina», entre las que recuerda con especial agradecimiento a Nora Nivar, la fueron conduciendo hacia la expresión fluida y segura de sus ideas en todos los escenarios en que habría de participar de ahí en adelante. Eran tiempos «de mucha solidaridad, de mucha ayuda al crecimiento del otro», así recuerda los primeros años de su formación e inmersión sin pausa en una actividad, la política, de la que no tenía ganas de escapar.

Su vínculo con las mujeres, y su estilo cercano de trabajo, le granjearon un reconocimiento en las filas del perredeísmo que iría creciendo hasta convertirse en nacional. A su memoria vienen los días en que, junto a otras de las integrantes de la «rama femenina», y en contacto con la realidad de las mujeres populares, cobró conciencia de la necesidad de abrir en el partido un espacio que le perteneciera a las mujeres. Reivindicándose socialdemócrata, el PRD no escapaba al influjo de las corrientes de pensamiento que circulaban en la Internacional Socialista, con una larga tradición de defensa de los derechos femeninos, pero, sobre todo, de los planteamientos reivindicativos de la Internacional Socialista de Mujeres, que comenzó a actuar en Europa, pasando por diferentes etapas, con la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, celebrada en Stuttgart, Alemania, el 17 de agosto de 1907 bajo el liderazgo de la socialista alemana Clara Zetkin.

Desde mediados de los años setenta hasta finales de los noventa, en el país cobró fuerza e influencia el movimiento feminista, compuesto e impulsado por organizaciones que, en su gran mayoría, respondían a los partidos de izquierda. En 1975 se celebró en México la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer, a la que asistió un grupo de mujeres dominicanas, fundadoras del Comité Universitario de Mujeres (CUM), que en ese mismo año auspició el Seminario Hermanas Mirabal, evento durante el cual profesionales de distintas disciplinas, mujeres y hombres, realizaron

el diagnóstico de la condición de la mujer y produjeron recomendaciones para modificarla.

En esa coyuntura, el PRD fue el único partido que recogió no solo el más amplio número de demandas femeninas, sino que las articuló a su proyecto político global como parte de una nueva propuesta de gerenciar el Estado.

Entre las participantes en el seminario estuvieron las perredeístas Ivelisse Prats, Nora Nivar, Zoraida Heredia viuda Suncar y Fanny Sánchez que, en el mismo orden, presentaron las ponencias «Educación ambiental»; «El lenguaje como reflejo de la alienación femenina»; «Textos escolares y condicionamientos sexuales», y «La mujer dominicana y su grado de participación en el proceso político actual». Salvador Jorge Blanco, electo presidente en 1982 en la boleta del PRD, habló sobre «La mujer y su inferioridad». Ese seminario marcó un hito. Todavía la perspectiva de género no dirigía el análisis dominicano sobre la condición femenina, sino la idea de que el cambio social, en el caso de los socialdemócratas o la revolución, en el de la izquierda progresista, supondría la emancipación de todo el pueblo y, por tanto, de las mujeres. No obstante, el evento abrió las puertas a un interés activo por las premisas teóricas que se discutían en escenarios autónomos y en instancias internacionales, como las Naciones Unidas y varias de sus agencias.

En los primeros años ochenta, el crecimiento de las organizaciones de mujeres y feministas comenzó a permear todo el tejido social, y a influir notablemente en el viraje que las «ramas femeninas» de los partidos mayoritarios, especialmente la del PRD, experimentaron en relación con el tema. A finales de esa década, el partido creará la Federación Dominicana de Mujeres Socialdemócratas (Fedomusde), de la que Yadira fue la primera secretaria general, y la incorporará a la Internacional de Mujeres Socialdemócratas. El 25 de febrero de 1990, la Decimotercera Convención Nacional Ordinaria perredeísta adoptó su declaración de principios como base doctrinaria, uno de cuyos puntos propugnaba la incorporación plena

de la mujer a la vida social y el compromiso de impulsar «la emancipación e integración masiva de la mujer a las decisiones y tareas de la sociedad», «la equiparación de sus derechos a los del hombre», y la desaparición de «todas las barreras y prejuicios que se le oponen actualmente». En ese mismo año, con ocasión de las elecciones generales de mayo, el Centro de Investigación para la Acción Femenina (CIPAF), lanzó la campaña «Igualdad, algo más que palabras», para sensibilizar a los partidos sobre la especificidad de la demanda de las mujeres y lograr la incorporación de las reivindicaciones contenidas en el Programa Mínimo Feminista en los programas de gobierno de sus candidatos. Al mismo tiempo, cerca de medio millar de mujeres provenientes de diferentes estratos sociales y ocupaciones publicaron un manifiesto reclamando una presencia proporcional en los puestos públicos y legislativos y el reconocimiento constitucional de la ciudadanía de las mujeres.

En esa coyuntura, el PRD fue el único partido que recogió no solo el más amplio número de demandas de las mujeres, sino que las articuló a su proyecto político global como parte de una nueva propuesta de gerenciar el Estado. Su programa de gobierno incluyó la oferta de la creación de la Secretaría de Estado de la Mujer, con la responsabilidad de trazar estrategias, proyectos y acciones específicas, así como producir avances en los campos laboral, legal, educativo, de participación política, salud, información, servicios de asistencia técnica y jurídica y acceso a la tierra y al crédito. El programa perredeísta también innovó en dos cuestiones que, hasta entonces, habían permanecido al margen del discurso político: la definición del estatus de la madre soltera como ciudadana con iguales derechos frente al Estado y la decisión de asistir, orientar y asesorar a las mujeres en áreas críticas, en las que destaca la violencia de género.

La Fedomusde sirvió de sostén a los esfuerzos del PRD para obtener el respaldo del electorado femenino a la candidatura de José Francisco Peña Gómez. Asimismo, apoyó activamente las candidaturas de mujeres presentadas por el partido y sus principales dirigentes redactaron, en representación de la organización, la parte del programa de gobierno sobre la mujer. Fue además la única instancia que convocó a un mitin solo de mujeres en apoyo a su candidato presidencial, logrando reunir a decenas

de miles de simpatizantes peñagomistas.

Algún tiempo antes de la formación de la Fedomusde, conociendo la fuerza que había cobrado su liderazgo en la militancia femenina del partido, Peña Gómez ofreció a Yadira la presidencia de la «rama femenina», considerándola la sucesora natural de Leonor Sánchez Baret, que la había encabezado hasta entonces y pasaba a ocupar la posición de delegada del PRD ante la Junta Central Electoral. Yadira declinó la propuesta porque, argumentó, no se sentiría cómoda reemplazando a Leonor, con quien estaba emparentada por su matrimonio con Vicente Sánchez Baret en 1979.

Desde dos años antes de la asamblea constitutiva de la nueva organización, Yadira se dedicó a viajar todas las semanas a Santiago. Los viernes a mediodía, se enrutaba hacia La Vega para dejar a sus dos hijas pequeñas al cuidado de su madre y continuar viaje hacia otras ciudades y pueblos del Cibao. Cuando el sol de los lunes comenzaba a aparecer en el horizonte, regresaba a la capital al volante de su vehículo, para dejar a sus niñas en el colegio. La dedicación a su trabajo político no pasó desapercibida a las mujeres y los hombres con quienes mantenía vínculos; de ellas fue ganando el cariño y el respeto que cimentaron el fuerte liderazgo que condujo a organizar un movimiento femenino sin precedentes no solo en su partido, sino en todos los integrantes del sistema político. Lo que no llegó a sospechar en esos días de intenso trabajo fue lo que sucedería el día fijado para constituir la Fedomusde: a su entrada al local donde se celebraba la asamblea, una mayoría considerable de mujeres comenzó a corear entusiastas consignas a su favor. La inesperada reacción la desconcertó. No supo en ese momento si parar o no aquella demostración espontánea de adhesión porque nunca antes había sido objeto de un recibimiento parecido en circunstancias en las que se disputarían puestos de elección y porque no podía pensar que una consigna a su favor constituyera un pecado de lesa lealtad a quien se perfilaba desde antes como la natural presidenta de la organización.

Las consecuencias fueron dolorosas. Muchas de las mujeres con las que tenía historias compartidas de solidaridad y sacrificio se le acercaron para censurarla, como si lo que sucedía frente a los ojos de todas fuera producto del cálculo político malintencionado. A partir de ese momento comenzó a

ser objeto de imputaciones que la contraponían a Peggy Cabral, la esposa de Peña Gómez, a favor de quien se había decretado el indisputable cargo. Nada evitó, sin embargo, que fuera electa a la secretaría general, aunque los que siguieron fueron tiempos en que tuvo que lidiar con su propio deseo de abandonar el trabajo femenino y dedicarse a otras actividades donde pudiera contribuir de la mejor manera al éxito de las estrategias perredeístas. Venció el desaliento atribuyendo las conductas incomprensivas a la pobreza de la visión política que las provocaba y, por años, compartió la conducción de la Fedomusde con sus originales críticas, imprimiendo su sello político a la más grande organización de mujeres dominicanas que haya existido jamás. Cuando Peggy Cabral decidió abandonar la presidencia, y pese a que eran muchas las aspirantes a sucederla, el partido escogió a Yadira por reunir las condiciones para conducir a la organización por los mejores caminos.

Con un liderazgo en crecimiento, en el 1990 Yadira resultó la más votada en la convención para escoger a los y las candidatos a las regidurías, entonces honoríficas, del Ayuntamiento del Distrito Nacional. Ganó su puesto en la boleta compitiendo sin favoritismo y, finalmente, resultó electa en los comicios municipales que ganaría ese año el reformista Rafael Corporán de los Santos. En la Sala Capitular, conformada por dirigentes prestigiosos de todos los partidos, haría sus pinitos en el manejo de la cosa pública, pero también en el enfrentamiento a contradictores. Fue lo que ocurrió en una de las primeras sesiones de la Sala Capitular. En el estilo inelegante que le era propio, Corporán desbarró contra el PRD, por lo que el bloque perredeísta decidió que cada uno de sus miembros tomaría un turno para responder al síndico. Temerosa de su inexperiencia, y teniendo como compañera a Ivelisse Prats, Yadira decidió inscribirse entre los primeros en solicitar turno porque, pensó en ese momento, si su compañera se anticipaba ella quedaría desprovista de ideas.

El tiempo y la dinámica de la gestión municipal le darían la destreza que, cuatro años después, le sirvió para desempeñar con éxito la función de diputada para la que fue electa en 1994 y afinaron la capacidad de negociación que le permitirá adelantar los proyectos emprendidos cuando en el 2000 fue nombrada al frente de la Secretaría de la Mujer por el presidente Hipólito Mejía.

IV. Fraguando un liderazgo

Capítulo V:

*La lucha por la reforma
legal a favor de las
mujeres*



Reconocimiento a la Dra Yadira Henríquez por el Ayuntamiento de la Vega.



Taller sobre violencia intrafamiliar Centro Bonó año 2000.

V. La lucha por la reforma legal a favor de las mujeres

Uno de los períodos legislativos más fecundos en leyes a favor de la mujer fue el de 1994-1998. Por primera vez en la historia del Congreso, las diputadas de todos los partidos pactaron que las iniciativas a favor de la mujer serían presentadas de manera conjunta y no individualmente. A Yadira le tocaría realizar un arduo trabajo de persuasión con las que, por motivos diversos, entre ellos la rivalidad interpartidista, se mostraron inicialmente renuentes a participar en el inédito esfuerzo unitario. Su propósito al asumir la diputación fue «no salir del Congreso sin algo en las manos a favor de las mujeres». Como lección estaban los fracasos que en el pasado reciente habían sufrido iniciativas impulsadas para modificar una legislación que, en aspectos fundamentales para el desarrollo social independiente, continuaban reduciendo a las mujeres a una permanente minoridad. Con ese bagaje a cuestas, Yadira consideró impostergable cambiar el método de presentación de proyectos, de modo que pudieran ampliarse los márgenes de aprobación.

Su determinación era favorecida por los compromisos asumidos por el PRD con las mujeres, al incorporar una significativa cantidad de las propuestas del Programa Mínimo Feminista, posteriormente sistematizadas mediante un amplio proceso asambleario en el Programa de Igualdad de Oportunidades para las Mujeres (PIOM), presentado formalmente a los partidos políticos y a las candidatas que, ya electas, asumirían la conversión en leyes de las demandas femeninas. Milagros Ortiz Bosch en el Senado y

Yadira en la Cámara de Diputados lideraron la creación de consenso en ambas cámaras y sirvieron de puente entre las legisladoras de todos los partidos y las organizaciones de mujeres para impulsar las reformas legales que permitieran avanzar en la consolidación de la ciudadanía femenina. Fue, también, una forma novedosa e inteligente de comprometer a los hombres de las respectivas bancadas con la aprobación de los proyectos defendidos por sus colegas de partido.

El clima favorable a los cambios creado por las organizaciones locales, se fortaleció con los compromisos del Estado dominicano de adecuar la legislación a las políticas de género adoptadas por los organismos internacionales. En julio de 1996, la República Dominicana ratificó la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer, mejor conocida como Convención de Belem do Pará, contrayendo la obligación de tomar medidas que contribuyeran a erradicar las diversas formas de violencia de género.

Miembro de la Comisión de Justicia de la Cámara de Diputados, Yadira y sus otras compañeras se valieron de la estrategia de enfrentar a sus compañeros, casi todos aspirantes a la reelección, a la posibilidad de perder el favor electoral de las mujeres si no cumplían con el compromiso perredeísta, reiterados varias veces por Peña Gómez, de contribuir con el cambio de la realidad social y jurídica femenina. La tarea de convencimiento consumió una gran cantidad de tiempo y energías emocionales y mentales de las legisladoras del PRD; pasaría igual con sus colegas de los otros partidos. En esta coyuntura, las mujeres de las organizaciones feministas fueron un invaluable apoyo en el trabajo de dar consistencia teórica a la defensa de los proyectos y en debilitar las oposiciones basadas en prejuicios patriarcales.

El trabajo mancomunado de las legisladoras rindió sus frutos. En el período 1994-1998 se aprobaron tres leyes de cardinal importancia para las mujeres: la 24-97 que modifica el Código Penal para, entre otros aspectos, introducir en el sistema jurídico la tipificación de la violencia de género como toda acción o conducta, pública o privada, que causa daño o sufrimiento

físico, sexual o psicológico a la mujer; violencia doméstica o intrafamiliar que cause daño a la familia, entendida como tal no solo la violencia física, sino también la violencia psicológica, verbal e intimidatoria; la 55-97 que modificó la ley sobre reforma agraria para reconocer el derecho de las mujeres a la asignación de parcelas y dispuso la titulación conjunta tanto para las parejas casadas como para las uniones de hecho o libres, y la 275-97, que modificó la Ley Electoral fijando un mínimo de 30 % (que terminó en un 25%) de candidaturas femeninas en todos los niveles de elección.

En 1995, con el apoyo de las legisladoras, el Congreso aprobó la Ley 8-95 que declaró prioridad nacional la promoción, enseñanza y difusión de la práctica de la lactancia materna, complementada por el Decreto 31-96 que establece el reglamento para la aplicación de la ley, uno de cuyos artículos manda a asesorar al entonces secretario de Estado de Trabajo «en la adopción de medidas de apoyo directo a las madres trabajadoras, para que puedan combinar adecuadamente el trabajo con el embarazo y la lactancia».

Algunas otras leyes, como la de estancias infantiles, se quedaron en el tintero cuando en 1998 las mujeres legisladoras que impulsaron el mayor número de cambios a favor de la mujer finalizaron su mandato. Empero, como lo recuerda Yadira, el reclamo de cambios continuó repercutiendo en el Congreso en las voces de otras mujeres y el concurso de las organizaciones feministas que las habían acompañado.

Capítulo VI:

*El reto de impulsar
políticas públicas*



Entrega de proyecto de ley a favor de la mujer al Presidente del Senado.

VI. El reto de impulsar políticas públicas

Tras su salida del Congreso, Yadira retomará el trabajo directo con las mujeres a través de los organismos de su partido, en particular la Fedomusde. Su ascendiente sobre la militancia femenina la hará responsable de conquistar en las elecciones del año 2000 el voto favorable de las mujeres para Hipólito Mejía, quien disputaba la presidencia de la República al candidato del Partido de la Liberación Dominicana Danilo Medina. El triunfo del perredeísta la llevará a dirigir la Secretaría de Estado de la Mujer, creada por la Ley 86-99 del 11 de agosto de 1999, con la responsabilidad de “establecer las normas y coordinar la ejecución de políticas, planes y programas a nivel sectorial, interministerial y con la sociedad civil, dirigidos a lograr la equidad de género y el pleno ejercicio de la ciudadanía por parte de las mujeres».

Con apenas un año de creada, tocará a Yadira definir su estructura, darle entidad e iniciar la formulación de los planes y programas que la Secretaría debía cumplir para responder a los objetivos institucionales. Rodeada de un equipo de técnicas provenientes muchas de ellas de las organizaciones feministas, inició la andadura hacia políticas públicas reclamadas por las mujeres y su movimiento desde por lo menos dos décadas atrás. El apoyo del presidente Mejía a sus iniciativas, surgido del respeto que este demostraba a los acuerdos internacionales del país, y de su comprensión del problema femenino, allanaron el camino para continuar gestionando ante el Poder Legislativo la aprobación de otros proyectos que no alcanzaron a convertirse en ley en el período congresional 1994-1998.

La reconocida solvencia profesional de las feministas que conformaban su equipo técnico garantizó a la recién creada Secretaría bajo su mando un espacio nacional e internacional.

Una de las técnicas feministas que la acompañó en ese momento fue Santa Mateo, para quien no era ajeno el liderazgo femenino de Yadira, su trabajo en la Cámara de Diputados, y su participación en la coordinación de las legisladoras y las organizaciones del movimiento feminista. Interesada en ampliar el marco teórico de sus posiciones, Yadira fue asistente asidua a las actividades formativas que el Centro de Investigación para la Acción Femenina (CIPAF) dirigió a las mujeres de los partidos. La experiencia hará germinar en Yadira la idea de replicarla en la Secretaría de Estado de la Mujer. Y será Mateo quien, al entrar a trabajar bajo su dirección, asumirá la conducción de la que entonces llamaron Escuela de Formación de Liderazgo de Mujeres Políticas. Para asegurar su continuidad, Yadira gestionará el financiamiento de la Organización de Estados Americanos (OEA). El propósito de la escuela fue proveer a mujeres de todos los partidos, pero particularmente las perredeístas, del bagaje teórico y práctico que les permitiera lidiar con éxito en estructuras partidistas fuertemente masculinizadas y reacias a abrir mayores espacios a la participación femenina. La lista de temas era larga y novedosa; aunque el género era transversal a todos, el currículo también incluía cuestiones que fomentaban el dominio por las mujeres de los escenarios públicos. “De hecho, debo reconocer que cuando arranca la escuela, el partido que garantizó la mayor participación de mujeres militantes fue el PRD”, evoca Mateo.

Con un estilo de trabajo que privilegiaba la capacidad frente las adscripciones políticas, Yadira abrirá las puertas no solo a relevantes figuras del feminismo, entre las que se encontraron Sergia Galván, Altigracia Valdez Cordero y Altigracia Balcácer, encargadas de Internacionales, Educación y Diseño de Políticas, respectivamente, sino también a las numerosas organizaciones de mujeres de todo el espectro social y económico. Tal nivel de apertura no era comprendido por todos, lo que al principio de su gestión provocó la hostilidad de sus compañeros y compañeras contra las técnicas

que conformaban su equipo. Yadira no rehuyó el conflicto.

Para Mateo, la inteligencia estratégica de Yadira se reafirmó de manera notoria: convocó a la totalidad del equipo y le habló sin ambages: “Ustedes saben que soy una mujer política”, dijo, “pero yo debo garantizar aquí lo político y lo estratégico. Ese grupo de feministas que está aquí tiene que asegurar un determinado porcentaje de trabajo; de lo político me encargo yo”. Su manera de encarar y resolver el impasse fomentó en las técnicas una mayor admiración por la mujer que, aunque solidaria y defensora de la causa de las mujeres, no encajaba conceptualmente en el esquema que definía para entonces qué era o no feminista. Por qué decide llevar a este grupo de mujeres a riesgo de despertar recelos entre sus propias compañeras, Mateo se lo explica en la capacidad para diseñar estrategias que, al tiempo de producir logros tangibles, agregaban prestigio a su gestión.

La reconocida solvencia profesional de las feministas que conformaban su equipo técnico garantizó a la recién creada Secretaría bajo su mando un espacio nacional e internacional que, casi con toda seguridad, no hubiera conseguido de otro modo en momentos en que el feminismo era corriente en alza. Como política, era capaz de delimitar el alcance de su compromiso con “la base”, e ideó los mecanismos que le permitieran satisfacerla sin afectar la institucionalidad de la Secretaría y sin menoscabar el papel de las profesionales en el éxito de la estrategia que se había trazado. Al final, las diferencias y hostilidades desaparecieron, y los planes pudieron desarrollarse en un marco de mutuo respeto.

Mateo resalta también la capacidad movilizadora que precedía la entrada de Yadira al cargo de secretaria de Estado como uno de los elementos que consolidarían su gestión. Más allá de las inevitables diferencias de enfoque y finalidades, la fuerza de su liderazgo constituía una plataforma para el consenso que ella supo utilizar en beneficio de las mujeres. Tal fue el caso de la Ley 24-97 sobre violencia intrafamiliar y de género, alrededor de la cual desarrolló un trabajo que hizo coincidir a sectores que en otros aspectos mantenían contradicciones sustanciales. Recapitulando sobre ese

tiempo, Mateo pone nuevamente de relieve la aptitud de Yadira para actuar en diversos escenarios como uno de los puntales de su gestión y liderazgo frente a las mujeres de su partido y del movimiento.

En el camino hacia el logro de sus fines anudó lazos formales con las organizaciones feministas mediante la suscripción de la llamada Propuesta de Articulación, que identificó las coincidencias que permitían la colaboración a favor de los derechos de la mujer. Principio cardinal de esta iniciativa fue el respeto a la autonomía ideológica, la transparencia en las negociaciones, discusiones y cumplimiento de las actividades concertadas, y el compromiso de dar seguimiento a los acuerdos nacionales e internacionales relativos a la mujer. Resultado de esta acción conjunta fue la puesta en común de los mecanismos para influir en el delineamiento de políticas públicas, en las reformas legales, la formación y el debate interno, la coejecución de proyectos y el monitoreo y las pautas para la rendición de cuentas.

Nada de lo señalado evitó dificultades para salvar las cuales el equipo técnico hubo de emplearse a fondo. Uno de los procesos más difíciles fue desmontar, desde el área de Educación, los esquemas que mantenían como coto de la militancia partidista y las prácticas patriarcales y clientelistas de la mayoría de las mujeres del partido. Desde el punto de vista de Mateo fue ese, quizá, el mayor obstáculo enfrentado por el equipo técnico: encontrar el camino que condujera a la Secretaría a responder con acierto a las expectativas de la sociedad con la gestión. Mateo lo resume de esta forma: “La Secretaría de Estado de la Mujer, que luego se convertirá en ministerio, es el espacio creador de políticas públicas sobre las mujeres, por lo que debe estar sensibilizado sobre la situación que estas viven. Para lograrlo, nuestra propuesta programática tenía que ser llevada al terreno. Eso implicó luchar por cambiar la mentalidad que prevalecía en las Oficinas Provinciales de la Mujer ”.

Creadas en la gestión de Yadira, las OPM fueron un arduo campo de experimentación persuasiva. Dirigida por militantes sin ningún o insuficiente conocimiento de las nuevas miradas a la condición de la mujer, el equipo técnico debió formular propuestas que evitaran reacciones adversas

a temas como la violencia de género, la subordinación, la dependencia económica que sujeta a relaciones tóxicas y abusivas y los condicionantes de la pobreza. A esto se añadía hacerlas funcionar como una secretaría a escala. Para facilitar que asumieran el papel de representantes y ejecutoras de las políticas trazadas por la gestión, se las dotó de una instancia decisoria compuesta por una encargada, una psicóloga y una abogada que ayudaran a construir claridad conceptual sobre el tema de la violencia intrafamiliar y de género.

La inicial incompreensión de las mujeres militantes no fue la única piedra en el camino del impulso a la política de género.

En su intervención en la Conferencia Centroamericana y del Caribe «Reducción de la pobreza, gobernabilidad democrática y equidad de género», Yadira reconoció sin ambages el escollo para el desarrollo de la política de género representado por la percepción generalizada del carácter asistencialista de las instituciones, a la que no escapaba la SEM. Una de las consecuencias de esta visión distorsionada fue exigir de los mecanismos nacionales de la mujer «soluciones a los problemas prácticos de las mujeres y, en algunos casos, también de otros sectores vulnerables de la población, como los ancianos y discapacitados... Se esperan productos que no podemos entregar como entidad rectora de políticas públicas en materia de género». A nivel del Estado, la SEM confrontaba el problema de la intangibilidad de una buena parte de sus logros, por cuanto estos se verificaban en la cultura, poniéndola en desventaja frente a otras instancias estatales que podían exhibir resultados cuantitativos, lo que también remarcó en su intervención:

Los mecanismos nacionales de la mujer experimentan esta nueva modalidad de hacer política de Estado con la característica propia de ser un elemento novedoso y no totalmente comprendido. Un particular ejemplo de nuestra práctica surge cuando exponemos el resultado de nuestros trabajos con la dificultad de presentar productos que no necesariamente son tangibles.

Con frecuencia nos enfrentamos con la limitación de poder traducir de manera cuantitativa ese trabajo. Recordemos que, por ejemplo, en el Gabinete o Consejo de Gobierno, el ministro o ministra que se ocupa de las carreteras y vías puede ofrecer un “interesante” reporte de su exitosa ejecución con tan sólo indicar la cantidad de kilómetros de caminos vecinales y carreteras construidos; el de turismo con tan sólo hablar de la generación de divisas; el de educación, de la construcción de escuelas; el de agricultura, sobre el incremento de la producción de arroz y otros rubros agrícolas. Pero cuando nos toca informar desde el mecanismo de la mujer, ¿cómo se nos interpreta? Como las que sólo están dando charlitas y cursitos o coordinando reuniones y encuentros. La transversalización se interpreta en ocasiones como agregar el femenino a un enunciado, sumar las mujeres a los actores beneficiarios de las acciones o decir que el trabajo se hará con perspectiva de género.

A estos factores adversos se sumaba la limitación económica que, en medida importante, obstaculizó la contratación de personal calificado para impulsar los planes y proyectos elaborados por la dirección. Políticamente comprometida con ofrecer un cargo asalariado a las mujeres que trabajaron en la campaña a favor del candidato Hipólito Mejía, como ha sido tradición del sistema de partidos, debió construir un equilibrio que satisficiera al mismo tiempo la demanda de empleo y el desarrollo de políticas propias de una institución moderna. A la luz de los resultados recordados por Mateo, Yadira tuvo éxito en lograr la conciliación de intereses divergentes y fomentar el desarrollo de liderazgos femeninos locales. Las OPM se ramificarían en oficinas municipales que ampliaron el radio de influencia de la Secretaría. En apenas cuatro años, Yadira conformó cincuenta y dos de estas estructuras, que dieciséis años después apenas han variado en número y organización.

Las instituciones oficiales también serían tocadas por el empeño de Yadira de transversalizar el tema de género. Mateo destaca el esfuerzo desplegado para crear unidades institucionales capaces de comenzar a cambiar la cultura patriarcal desde el Estado mismo. Partía del modelo heredado de su antecesora Gladys Gutiérrez, quien, asesorada por el

CIPAF, formó la primera de estas unidades en la Secretaría de Estado de Educación, que Yadira fortalecerá. Con la llegada a la presidencia de la República de Hipólito Mejía estas unidades adquieren carácter oficial. En el Decreto No. 974-01 que las crea en cada Secretaría de Estado con el nombre de Oficina de Equidad de Género y Desarrollo, bajo la articulación de la SEM, se les asigna «el propósito fundamental de incorporar en las políticas planes, acciones, programas y proyectos de cada Secretaría de Estado el enfoque de perspectiva de género a nivel nacional para la integración de la mujer en el desarrollo». Las oficinas de Equidad de Género y Desarrollo (OEGD) funcionarían en la propia SEM y, en un primer momento, fueron abiertas en las secretarías de Trabajo y Agricultura. En ONAPLAN se crea una Comisión de Género, y en la Secretaría de Estado de Turismo y en ProComunidad comenzaron a sentarse las bases para formarlas.

La visión estratégica de Yadira, enfatizada por Mateo, condujo también a la formación del Consejo Sectorial, un organismo de enlace de la SEM compuesto por todas las Secretarías de Estado para formular, coordinar, ejecutar y evaluar las políticas y planes nacionales y los programas específicos de equidad de género e integrar a sus propias políticas las propuestas y recomendaciones discutidas y consensuadas. La formación de este organismo partió del criterio de que a cada institución le corresponde una cuota de responsabilidad en el diseño y aplicación de políticas públicas que contribuyan a superar las desigualdades entre los hombres y las mujeres en todas las etapas de sus vidas.

La relevancia adquirida por la lucha contra la violencia de género bajo la gestión de Yadira llevó a la SEM a establecer acuerdos de colaboración con instituciones internacionales, entre ellas la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). Junto a Rosa Beltrán, representante de esta agencia, diseñó un proyecto de sensibilización social que tuvo una notable repercusión. Como derivación de este proyecto, se creó el primer plan piloto para educar sobre violencia desde una perspectiva de género a las privadas de libertad que cumplían condena en la antigua cárcel Najayo-Mujeres. Entre los hitos contra la violencia dejados por la gestión, aparece la iniciativa de las caminatas y maratones con la finalidad de crear conciencia

sobre el flagelo que involucró a las OPM de todo el país.

Logro remarcable de Yadira fue su elección por aclamación como presidenta de la Comisión Interamericana de Mujeres (CIM) en el 2002, en reconocimiento al relieve cobrado a nivel internacional por la SEM a sus líneas programáticas y ejecutorias para el avance de la mujer y su condición civil, política, social, económica y cultural. La participación de Yadira en actividades de los distintos mecanismos femeninos que ganaban espacio en el continente, la fueron perfilando como dirigente de la primera organización intergubernamental americana que, habiendo sido creada en 1928 para promover los derechos de las mujeres, en 1948 adquirió categoría de organismo de la OEA. En ese proceso de acreditación de su liderazgo, Yadira contó con la colaboración de la dirigente feminista Sergia Galván, responsable del área de Asuntos Internacionales de la SEM. Para Mateo, relacionarse con otras mujeres curtidas en la lucha por la igualdad de género amplió el horizonte político y conceptual de Yadira y afirmó su compromiso con el proyecto igualitario.

Logro remarcable de Yadira fue su elección por aclamación como presidenta de la Comisión Interamericana de Mujeres (CIM) en el 2002, en reconocimiento al relieve cobrado a nivel internacional por la SEM.

Llegada a este punto del recuento de su experiencia en la SEM, Mateo describe el liderazgo ejercido por Yadira como un liderazgo caracterizado por una gran claridad de los fines y la habilidad estratégica, capaz de armonizar intereses diversos en pro de objetivos de interés colectivo; reacio a imponer sus puntos de vista por otros medios distintos al diálogo y competente para prolongar en el tiempo las relaciones de colaboración. Como prueba de esto, Mateo rescata el acercamiento de Yadira a un grupo de mujeres ajenas a la militancia del Partido Revolucionario Moderno (fundado en el 2014 por una mayoría renunciante del PRD) para solicitar su parecer sobre la propuesta programática a las votantes que haría el

candidato Luis Abinader, electo en los comicios del 2020. Cuestión de confianza, añade Mateo, porque esta es otra de las peculiaridades de la Yadira política y mujer.

La mirada de Carlos Mesa sobre este período coincide con la de Mateo. Cuando Yadira asumió la SEM él ya tenía acumulada experiencia en el trabajo de Estado a favor de las mujeres. Había llegado a la Consultoría Jurídica de la entonces Dirección General de Promoción de la Mujer de la mano de Gladys Gutiérrez (†), área en la que permaneció porque el aprecio por su capacidad pesó más que cualquier posible objeción de talante partidista. Piensa que para ella no fue fácil tomar esta determinación por los compromisos políticos que gravitaban sobre su gestión apenas iniciada. «Hay que pensar en que había un grupo de mujeres de su partido que necesitaban ocupar puestos y, sin embargo, ella me dijo “tú te quedas en tu posición”. Confío en mí para una función tan delicada. Creo que, más allá de la relación de amistad entre ella y Gladys Gutiérrez, prevalece su valentía en un momento de tanto compromiso político».

No haber sido discriminado por posibles diferencias partidistas, que en todo caso eran inexistentes porque nunca estuvo vinculado al oficialismo anterior, no es el único valor que Mesa atribuye a su permanencia en el cargo: que un hombre tuviera una función relevante e incidente en las decisiones institucionales de la SEM podía ser considerado una incongruencia. «Ella supo no discriminar por sexo ni por política. ¿Qué hizo ella? Aferrarse a lo mejor, tomar los mejores técnicos y decir a las mujeres de su partido: “Oigan, para que esto salga a camino tenemos que rodearnos de técnicos competentes”. Lo cierto es que nunca discriminó por razones políticas a nadie, todo lo contrario; respaldó a su equipo técnico y le dio la posibilidad de cumplir exitosamente su trabajo». De ahí proviene la opinión de Mesa sobre las características principales de Yadira como gestora: abierta, democrática y participativa. Características que son también la clave de su éxito como política y del arraigo de su liderazgo en amplios sectores de la población. En este liderazgo adivina Mesa el influjo del ejemplo paterno y del acompañamiento igualitario de Vicente Sánchez Baret, su esposo, potenciado por cualidades propias desplegadas como regidora del Distrito

Nacional y, posteriormente, como diputada. Tiempo en que supo construir consensos con hombres respecto de los derechos de las mujeres.

Las nuevas legislaciones y modificaciones a leyes vigentes aprobadas con el impulso de la SEM bajo su mandato pusieron en tensión esas capacidades negociadoras que destacan Mateo y Mesa. Un examen no exhaustivo de este trabajo remite a una activa participación en las discusiones en sede legislativa de las modificaciones a los códigos Civil y Penal. En relación con este último, la SEM presentó una propuesta para garantizar que las modificaciones en discusión incluyeran la perspectiva de género. El documento fue fruto de un proceso consultivo que contó con la asesoría de especialistas en Derecho Penal y género. Parejamente, desplegó un intenso trabajo de abogacía para lograr el apoyo de la mayoría de los integrantes de la comisión bicameral que estudiaba el código. Para dar consistencia a sus posiciones, la SEM coordinó actividades con la Coalición de ONG por un Código Moderno y Consensuado, compuesta por feministas y mujeres organizadas e independientes, para unificar las propuestas de modificación sometidas a los legisladores.

Modificaciones sensitivas, como la propuesta de despenalizar el aborto por tres causales – cuando pelagra la vida de la madre; cuando el embarazo ha sido producto de una violación o incesto; y cuando fuera producto de una fecundación humana no consentida— no encontraron eco en los legisladores. Tampoco prosperaron las propuestas de tipificar el feminicidio, incluir los centros de estudios entre los lugares en que el acoso sexual es considerado delito y ampliar los atentados a la dignidad humana para incorporar los cometidos debido a la orientación sexual u oficio.

Si bien el Código Penal permaneció impermeable a las propuestas presentadas por la SEM y los grupos feministas, la gestión de Yadira propició un clima favorable a la aprobación de la Ley 137-03 de tráfico ilícito y trata de personas, cuyo anteproyecto la SEM presentó al Senado y, posteriormente, a la Cámara de Diputados. A partir de ese momento, invirtió recursos técnicos y financieros para sensibilizar a los y las congresistas de la

necesidad de adoptar una legislación contra el tráfico y la trata acorde con las corrientes internacionales de lucha contra este delito y, particularmente, con la Convención de Belém do Pará, de la que la República Dominicana es signataria.

Aprobada la ley, y en el marco del Programa de Prevención y Combate a la Trata de Personas y en coordinación con la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), la SEM desarrolló iniciativas dirigidas a las mujeres migrantes prostituidas a las que ofreció orientación, atención legal, protección ante la violencia y garantía de sus derechos. Para ello se concertaron redes locales de prevención de la trata y apoyo a víctimas que operaron en las provincias y municipios integradas por representantes de entidades públicas y organizaciones de la sociedad civil en coordinación con las OPM y OMM. A través de estas redes, las migrantes prostituidas retornadas recibían asistencia en los múltiples aspectos que facilitarían su reinserción social y la superación de los traumas provocados por la trata y la prostitución forzada. La SEM se comprometió activamente con impulsar el «Plan nacional de prevención, protección y persecución a víctimas de la trata y el tráfico» al proponer nuevas estrategias de trabajo. Asimismo, firmó un acuerdo con la Fundación Institucionalidad y Justicia para dar seguimiento a la aplicación de la ley, y con el apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) y la colaboración del Centro de Orientación e Investigación Integral (COIN), una organización sin fines de lucro, inauguró el primer centro de acogida de mujeres traficadas, que en su primer año prestó servicios a cerca de un centenar de víctimas.

Cambiar el modelo implicaba redefinir desde la SEM la manera en que Estado y Gobierno se habían comportado frente al tema de las mujeres.

El enfoque de género impreso al discurso público de la SEM y, sobre todo, a su práctica cotidiana y a su estrategia, encontró algunos estorbos propios de los climas de ruptura con las visiones tradicionales de la sociedad y las relaciones entre los hombres y las mujeres. Cambiar el modelo implicaba redefinir desde la SEM la manera en que Estado

y Gobierno se habían comportado frente al tema de las mujeres. Mesa recalca la demostrada capacidad de vincular los principios gerenciales con los propósitos de las relaciones interinstitucionales. «Comenzábamos a trabajar con el concepto de equidad e igualdad de género, y no todo el mundo entendía lo que era el trabajo como tal. La gerencia administrativa y financiera no presentó problemas; las normas que rigen esta materia son comunes a todas las instituciones, están en un manual. Ahora, ¿cómo se manejó en la parte técnica? Lo podemos manejar desde dos planos: las relaciones interinstitucionales e interpersonales. Cuando hablo de lo interinstitucional me refiero a las relaciones con organismos nacionales e internacionales. Por ejemplo, cómo se manejó con el Fondo de Población de Naciones Unidas, con la Agencia de Cooperación Española, con la Comisión Interamericana de Mujeres y cómo abordó la Convención para la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer. Ella aplicó a todas estas relaciones los principios gerenciales y supo gestionar la cooperación de todos estos organismos para aunar esfuerzos y poder desarrollar a través de la SEM y sus oficinas provinciales los proyectos sobre políticas de género».

Empero, las limitaciones presupuestarias se erigieron con frecuencia en barrera. El Gobierno tenía otras prioridades sectoriales de desarrollo que relegaban las necesidades de las mujeres. Aunque el discurso feminista se había abierto paso en la opinión pública desde más de dos décadas atrás, las esferas de decisión estatal y gubernamental sentían poco aprecio por el tema y sus objetivos. Yadira tendría que pelear en muchos frentes y vencer muchos obstáculos. Uno de estos, quizá el más importante, fue el financiero, que en ocasiones obligó a reducir el alcance de los proyectos. Mesa apunta que estas carencias fueron en buena medida solventadas por la cooperación internacional y «aunque no se logran las cosas como ella las quería, por lo menos se logran. Gracias a ese respaldo se pudo bastante». Uno de esos logros fue la sistemática campaña de sensibilización de la sociedad sobre la violencia intrafamiliar y contra la mujer, un tema que, pese a la ley que la sanciona y estar presente en el debate ciudadano, no era asumido como eje transversal de las políticas públicas. Yadira encontrará

una aliada en la primera dama Rosa Gómez de Mejía, quien contribuyó a que muchas puertas se abrieran a los proyectos de la SEM.

La mirada retrospectiva de Mesa se centra nuevamente en las dificultades culturales, en lo difícil que era hablar «no solo de violencia intrafamiliar y de género, sino también de la nueva masculinidad. Decir que no era tanto a las mujeres a las que había que sensibilizar, puesto que ellas eran las víctimas, sino a los hombres, que eran los causantes de la violencia». Un discurso y unas propuestas que encontraron oposición, pero que Yadira supo vadear porque, aparte de su liderazgo, sacó provecho del tiempo social: «la gente fue aprendiendo lo que es la igualdad, equidad, violencia contra la mujer e intrafamiliar, y cómo iban creciendo estos tópicos que había que contrarrestar».

Su llegada a la presidencia de la CIM en el año 2002 fue aprovechada por Yadira para impulsar los proyectos de la SEM, pero también para inventariar los convenios internacionales firmados por el país y relanzarlos con el apoyo de la comunidad internacional de mujeres.

Otros proyectos, menos conflictivos, pero igual de útiles, fueron iniciados por la gestión de Yadira para dotar de habilidades productivas a las mujeres con la intención de abrirles el camino a la autonomía económica. Mediante la articulación de acciones con diferentes instituciones gubernamentales, se dio inicio a proyectos encaminados a lograr este objetivo. Uno de ellos fue Promo-Mujer, ejecutado en alianza con Pro-Comunidad, en el marco del Plan Nacional de Reducción de la Pobreza. Su propósito era impulsar las microempresas femeninas mediante la distribución de máquinas de coser, préstamos a tasa cero para emprendimientos diversos y la capacitación de las mujeres en el oficio de confección. Al mismo tiempo, la SEM suscribió un convenio con el Consejo Nacional de Promoción y Apoyo a la Micro, Pequeña y Mediana Empresa (Promipyme) para financiar y

asistir técnicamente a las micro y pequeñas empresarias organizadas. Este acuerdo facilitó microcréditos (entre cinco mil y diez mil pesos de la época) a vendedoras ambulantes, paleteras, vendedoras de té, café y alimentos, entre otras actividades informales bajo el paraguas de la iniciativa Mujer Digna.

Entre los proyectos exitosos cita la Escuela de Formación de Liderazgo, ya mencionada por Mateo, que, al involucrar gran parte de las mujeres legisladoras, alcaldesas y regidoras, creó las condiciones para introducir al Congreso proyectos de ley que procuraban acelerar el avance social de las mujeres y la progresiva obtención de la igualdad. Mediante esta vía se logró someter a discusión las reformas de los códigos Civil y Penal que incorporaban los conceptos de igualdad y equidad y el uso del lenguaje de género en los textos producidos y diseñados por el sistema de justicia. La construcción de estadísticas sobre la condición de la mujer fue otro de los flancos atacados en la gestión de Yadira. Para ello, se suscribieron acuerdos con la entonces Oficina Nacional de Planificación (ONAPLAN) con el objetivo principal de obtener insumos que permitieran radiografiar la situación de las mujeres en los ámbitos legislativo, municipal, judicial y gubernamental.

Su llegada a la presidencia de la Comisión Interamericana de Mujeres (CIM) en el año 2002 fue aprovechada por Yadira para impulsar los proyectos de la SEM, pero también para inventariar los convenios internacionales firmados por el país y relanzarlos con el apoyo de la comunidad internacional de mujeres. Mesa fue su acompañante en la última participación de Yadira ante la reunión de 2004 del Comité para la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer (CEDAW) para presentar el informe país y recuerda la habilidad con la que respondió la réplica a las objeciones presentadas por organizaciones nacionales que, en la dinámica de estos encuentros evaluativos, tenían un espacio para exponer sus propios puntos de vista sobre la actuación del Estado en materia de género. Los años transcurridos

no borran de la memoria de Mesa la humildad con la que Yadira acogió los planteamientos críticos, pero también la firmeza con la que defendió los logros obtenidos por la SEM.

La visión integral del trabajo de la SEM abordó igualmente un aspecto neurálgico en la superación de los esquemas culturales que desvalorizan a la mujer, convirtiéndola en no sujeto: su imagen en los medios de comunicación. Blanco de la crítica feminista, el papel que los medios juegan en la reproducción del dominio patriarcal no podía quedar al margen de la estrategia trazada para la transversalización de la perspectiva de género, por lo que la Dirección de Comunicación de la SEM desarrolló un programa de sensibilización de ejecutivos y periodistas de medios de comunicación y con publicistas a través de conferencias y talleres, con el objetivo de inducir la reflexión en torno del tratamiento de la violencia contra la mujer en los medios, el sesgo sexista de la publicidad y las escasas oportunidades de las mujeres periodistas para acceder a puestos de dirección. Varias especialistas internacionales fueron invitadas al país por Yadira para colaborar con el debate sobre estos temas. Entre ellas estuvieron Gloria Bonder, investigadora y especialista en género y educación, directora del Centro de Estudios de la Mujer de Argentina; Edda Quiroz, sicóloga costarricense, diseñadora de metodologías género-sensitivas y facilitadora de talleres de revisión y deconstrucción de las feminidades y masculinidades, y Rosa Montero, reconocida escritora y periodista española. El trabajo de sensibilización del mundo publicitario involucró asimismo a cuarenta estudiantes de Publicidad, participantes en el primer taller interactivo sobre publicidad no sexista.

Con la misma finalidad se llevaron a cabo otras actividades en alianza y coordinación con la Red Dominicana de Periodistas con Perspectiva de Género, algunas de las cuales se centraron en el análisis crítico de la imagen de la mujer en la publicidad y la creación de espacios para una comunicación no sexista. Varias de las ediciones del mensuario *A Primera Plana*, editado

por la Red, fueron auspiciadas por la SEM y se organizaron talleres de capacitación a mujeres políticas para optimizar su relación con los medios locales y nacionales. Al mismo tiempo que trabajaba con medios y periodistas y otros actores de la industria de la comunicación, la SEM editó su propio órgano de difusión, la revista Mujeres, cuyo contenido, más divulgativo que teórico, sirvió para dar a conocer las políticas en defensa de los derechos de género, y sacó al aire un programa radial semanal con los mismos fines.

VI. El reto de impulsar políticas públicas



Embajada de Alemania.



La secretaria de Estado de la Mujer, Yadira Henríquez, junto al embajador Marino Villanueva, durante la reunión ayer del comité de la ONU para la eliminación de la discriminación contra la mujer, en Nueva York. EFE.

Yadira reclama cambio cultural

NACIONES UNIDAS (EFE). La secretaria de Estado para la Mujer de República Dominicana, Yadira Henríquez, manifestó ayer que es necesario en su país un cambio de cultura real para que la mujer pueda dirigirse a la plena igualdad de género.

Henríquez hizo estas declaraciones a EFE tras presentar el quinto informe regular sobre la situación de la mujer en República Dominicana ante el Comité para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer de la ONU (CEDAW).

"Nuestro problema es todavía de índole cultural. Todavía falta una mayor concienciación por parte de la población. Realmente necesitamos hacer un cambio real y efectivo de cultura que permita a la mujer dirigirse a la verdadera igualdad", subrayó.

Agregó que es un "proceso lento, que no se puede llevar a cabo de la noche a la mañana, pero que debería desarrollarse sobre bases firmes y concretas".

Uno de los puntos que llamaron más la atención a los miembros de la CEDAW, según la ministra, es la utilización del término "equidad" en lugar de igualdad de género.

"El término 'equidad' es la trayectoria de un proceso para lograr lo que realmente esta-

cana sobre la igualdad de los seres humanos, tanto de hombres como de mujeres", aclaró.

La ministra reiteró en su intervención ante la CEDAW el compromiso del gobierno dominicano con la Convención para la Eliminación de la Discriminación de la Mujer de la ONU, que ratificó en 1982, así como con protocolos internacionales.

Expuso que una de las áreas en la que su país había logrado más avances es en la de la violencia doméstica o intrafamiliar, a través de la promulgación de legislaciones que no existían.

También se refirió a las propuestas de modificación del Código Penal que garantizan la equidad de género en casos de homicidio, así como redefinen el concepto de violencia de género y la amplían a los maltratos psicológicos, además de los físicos.

En su intervención, recordó también que en agosto del año pasado se promulgó una ley que sanciona la trata de personas, que establece penas hasta de quince años de prisión a los implicados en redes de tráfico.

"Es la tercera ley que existe en Latinoamérica. Es bastante avanzada y concreta y su objetivo es sancionar el tráfico ilícito de personas, de niños y niñas adolescentes", puntualizó.

do y concienciado al cuerpo consular y diplomático para que asistan a las mujeres que son víctimas del tráfico de personas, que llegan a otros países con la ilusión de conseguir un empleo y que son confinadas por estas redes.

Otros temas que se abordaron en la sesión fue el derecho de las mujeres inmigrantes, especialmente de las haitianas que traspasan la frontera con sus hijos.

"El gobierno del presidente Hipólito Mejía ha permitido que los niños haitianos puedan inscribirse en las escuelas y así obtener el pan de la enseñanza", afirmó.

Las políticas crediticias que les permiten a las mujeres financiar pequeñas y medianas empresas fueron otro asunto de interés para los miembros de la CEDAW.

También apuntó que en 2001 el gobierno dominicano creó las Oficinas de Equidad de Género por todo el país, con lo que actualmente ya cuenta con 52 a nivel provincial y municipal.

Durante el debate, la ministra aclaró que las políticas a favor de la mujer forman parte de un plan más amplio de potenciación del desarrollo, dada la estructura socioeconómica del país, en donde un 31,4 por ciento de la pobla-

Capítulo VII:

La amiga y la política



Yadira Henríquez con el expresidente Hipólito Mejía.



Recibe Doctor Honoris Causa de la Universidad Tecnológica de Cotui (UTECA). De mano de su rectora Esclarecida Núñez.

VII. La amiga y la política

Su dilatada vida política ha sido para Yadira cantera de amistades prolongadas. Desde aquellos días en que, como ella misma describe, era apenas una niña que gritaba consignas en los mítines a favor del candidato presidencial perredeísta Antonio Guzmán, en su cotidianidad están presentes hombres y mujeres con los que ha recorrido los caminos de construcción de una democracia que todavía no termina de cuajar.

No la conoció entonces, sino unos años después, cuando ya era una adulta que se batía en el escenario legislativo a favor de leyes que adelantarán la condición de la mujer, responsabilidad que compartía con el trabajo que ha sido la más permanente pasión de su vida: la organización de la gente en las filas de su partido y, particularmente, de las mujeres que han sabido responder al llamamiento del compromiso político.

Amada Manzueta la vio por primera vez en esos menesteres. Aquella «rubia hermosa y llena de energía» llegó a Samaná junto a Peggy Cabral y Sara Solís, dirigentes de Fedomusde, para organizar trabajos propios de la organización. A partir del primer encuentro, Yadira sería una presencia habitual en la provincia, a la que viajaba acompañada con frecuencia por Leonor Sánchez Baret. La impactó la simplicidad y llaneza de su trato, la cercanía que impidió que su condición de urbanita intimidara a otras que, como la propia Amada, tenían una cultura pueblerina. Bajo su égida fue acumulando experiencia en el trabajo político con las mujeres, y llegó a ser la presidenta provincial de la Fedomusde. El aprendizaje fue arduo porque, rememora, Yadira no era de quienes se quedaban en el municipio cabecera, sino que se adentraba a parajes a veces inhóspitos por su lejanía de los centros urbanos.

A su lado, quien quiere aprende, porque ella no manda, ella hace. Yo, particularmente, aprendí mucho; ella ha sido una guía para mí en el campo de la política.

Amada Manzueta

El cumplimiento de la ley de cuota, que para entonces mandaba que el 25 % de las estructuras directivas del partido debía ser ocupado por mujeres, llevó a Amada al Comité Ejecutivo Nacional del PRD, y a un contacto más frecuente con Yadira. «Tuve la suerte de trabajar con ella», dice, «una mujer que no hace gala de su inteligencia, porque es muy humilde. Por esta humildad, quien no la está observando puede creer que no está pensando en cosas que cambiarán el futuro. A su lado, quien quiere aprende, porque ella no manda, ella hace. Yo, particularmente, aprendí mucho; ella ha sido una guía para mí en el campo de la política». Aunque para entonces el lenguaje de las mujeres no había incorporado aún el concepto «empoderamiento», ella inspiró a una incuantificable cantidad de mujeres a tomar el control de sus vidas y luchar por espacios de libertad en que sus capacidades pudieran desplegar sus alas. «A todas luces, de eso se trataba, de adquirir poder que nos llevara a otro plano social más ventajoso».

Con Hipólito Mejía en el poder, Amada será nombrada gobernadora provincial y Yadira, secretaria de Estado de la Mujer. De la etapa recuerda las frecuentes ayudas para las mujeres más vulnerables de Samaná llegadas a través de la SEM y el denuedo en capacitarlas en oficios que les permitieran generar ingresos propios. La creación de la OPM en el municipio cabecera y la OMM en Sánchez y Las Terrenas potenciaron el trabajo a favor de las mujeres, únicas que han seguido abiertas desde entonces.

Los lazos entre ambas, que iniciaron en el espacio común de la política, se irían anudando con el tiempo como lazos de una profunda y confortante amistad. No era tanto la militancia, de todos modos indisoluble del vínculo creado, sino la experiencia de la humanidad prodigada más allá de los compromisos a los que la circunscribía el cargo. Recuerda

cómo se embarcó en ayudarla en la solución de problemas que podían entorpecer su buen desempeño en la Gobernación provincial, como fue el caso de proveer de plantas a los liceos nocturnos afectados por la frecuente interrupción del servicio de electricidad. Para Amada, «ella era proactiva en todas las cosas, en todos los renglones. Demostraba de manera espontánea una gran capacidad de solidaridad, de empatía, de ponerse en el lugar del otro. Y no solo con las mujeres, sino también con los hombres, gracias a su arraigado sentido de la igualdad».

Hay un hilo unificador de esta conducta pública y la vida privada. Amada resalta cómo Yadira ha sido también guía de su familia y construido relaciones conyugales caracterizadas por el mismo respeto que demuestra a los otros en la esfera pública. Casada con Vicente Sánchez Baret, un dirigente que alcanzó gran relevancia en la política perredeísta, ha logrado brillar con luz propia. Pudiendo aprovechar las ventajas políticas que le ofrecía esta relación, prefirió no utilizarlas de comodín, trazar su propio camino, hacer acopio de sabiduría y armonizar sus intereses con el interés común de ella y Vicente de crecer juntos. Amada lo dice de esta manera: «El hogar de Yadira es un hogar modelo que nos muestra a nosotras cómo se puede conciliar, aunque no es fácil, la vida política con la vida del hogar». Otro rasgo distintivo es su sentido de la lealtad, que la lleva a defender no solo sus propias ideas y principios, cualidad fundamental para merecer el respeto del que goza, sino también los de terceras personas con las cuales coincide. De ahí la prolongada cercanía con personas que han compartido con ella los afanes de la política y de la función pública.

Cuando en el 2004 el PRD perdió las elecciones del PLD, Yadira formó parte de la comisión de transición de mando. En ese papel, cumplió con gran rigor la tarea de supervisar el inventario de los bienes de las instituciones estatales y gubernamentales que los salientes debían entregar a los funcionarios entrantes. «La vi no dormir, hacer tantas cosas para lograr los inventarios, hoja por hoja, una aguja... lo que había lo organizaba todo, etiquetaba cada cosa. Ella era secretaria de Estado y, sin embargo, sudada, levantaba cajas para ponerlas donde pudieran estar más visibles. Por eso hablo de esa enseñanza que ella da haciendo».

Han tenido diferencias políticas, pero nunca han sido determinantes para desanudar los lazos entre ellas. Amada lo atribuye a la convicción democrática de su amiga y a su respeto por las opiniones ajenas. Las campañas electorales en las que hasta el 2012 participó Hipólito Mejía fueron siempre un punto de encuentro entre ambas. La precampaña que definiría la candidatura del PRM en el 2016 escindiría sus caminos políticos: Amada, fiel a Mejía; Yadira, militando a favor de Luis Abinader. Nunca, sin embargo, le reclamó apoyo. Nunca dejaron de reunirse para confesarse mutuamente sus sentimientos personales. No fue Amada la única en esas circunstancias que, de haber tenido protagonistas distintas, pudo terminar en el distanciamiento irremediable. Igual aconteció con las demás mujeres que en algún momento, y con su aliento, formaron la asociación de exgobernadoras, volcadas a favor de Mejía.

No fueron tiempos fáciles, aunque la amistad no se quebrara. Sufrieron ambas, «ella quizá porque no estábamos juntas», Amada sin duda «porque no estaba con ella pese a saber que merecía que todas la respaldaran». Un convencimiento planeaba, sin embargo, sobre esta circunstancial diferencia: pasada la convención, ganara quien ganara, se reencontrarían en el viejo afán de llevar el partido común al poder. Y así ocurrió: como en todas las ocasiones anteriores en las que habían coincidido, este grupo de mujeres de las que Amada formaba parte, se puso a su disposición. Nada había cambiado; la misma confianza que impregnaba tantos años de inquietudes comunes, primó sobre las coyunturales diferencias. Ella volvió a ser la jefa política de todas. Crear este prestigio, que reconocen en ella afectos y desafectos políticos, le ha costado una ardua y a veces dolorosa batalla a Yadira. Testigo de una buena parte de su carrera política, Amada afirma que «Yadira ha crecido en una lucha total. Lamentablemente, en un país machista, patriarcal, como el nuestro, los hombres creen que si las mujeres avanzan lograrán sobrepasarlos, y no dan tregua».

No solo el patriarcado ha levantado barreras. También lo ha hecho la falta de sororidad, la competencia entre iguales, que aumenta el peso discriminatorio que impone sobre los hombros de las mujeres la cultura

sexista. «Ella también ha tenido que luchar contra eso, mucho, mucho. Lucha con las iguales y con los que no quieren dejarte llegar. Una lucha constante en la que, pese a todo ella ha logrado vencer los obstáculos». Si alguna carencia señala la amiga que juzga a la política, es la falta de agresividad en el discurso que, de tenerla, posiblemente la hubiera conducido a mayores y notorios éxitos. «Creo que ha debido reclamar con más contundencia lo que ella merece, porque como política tiene trayectoria, conocimientos, inteligencia, sabiduría. Es una estratega. Todo eso me lleva a pensar que puede trascender aún más, pero la limitan quienes creen que el poder es para los hombres».

Para quienes piensan que la política es mera oportunidad personal, los políticos carecen de escrúpulos y no les conceden un adarme de honestidad. En el caso de Yadira tendrían que retractarse, piensa Amada, que la acompañó en momentos personales de insospechada dificultad cuando, en el 2012, con la elección de Danilo Medina que marcó la permanencia en el gobierno del PLD, las esperanzas perremeístas de llegar al poder se alejaron del horizonte y muchas cosas personales debieron ser recompuestas. En su memoria aparecen los días amargos de buscar empleo porque carecía de medios para solventar las necesidades cotidianas. Tocó puertas de viejos conocidos, de quienes pensó que podían tenderle la mano porque apreciarían su formación profesional de abogada. Esas puertas no se abrieron o los conocidos miraron a otro lado. Hablando sobre aquellos tiempos, en el recuerdo de Amada aflora de pronto una circunstancia en la vida de Yadira que pocos podrían sospechar en una mujer que había estado tan cerca del poder: la de convertirse en vendedora de productos Amway. Atendiendo a su llamado, también Amada se involucró en esta actividad de tanto riesgo económico, poca rentabilidad y exceso de trabajo. Montadas en un viejo vehículo, recorrieron todas las provincias y pueblos de la región norte, donde ambas tenían antiguos vínculos personales y políticos. A tantos años de distancia provoca una sonrisa, pero aquel día en que fueron a Las Terrenas transitando peligrosas carreteras de montaña en un viejo vehículo conducido por una persona sin ninguna experiencia previa, presas del miedo, ambas pensaron que podía ser su último viaje. Finalmente, debieron desistir del negocio. Agotada la cantera de clientes y

con inventarios que se tragaban los modestos beneficios, se enfrentaron a la realidad. Del negocio salieron con más deudas que las que tenían cuando comenzaron. Además, la campaña del 2016 estaba a la puerta y el trabajo proselitista las esperaba.

Ysabel Altagracia Paulino llegó más tarde que Amada a la vida política y personal de Yadira. Corría el año 2004 cuando llegó de Cuba, donde había pasado casi siete años, primero como cooperante de la Central de Trabajadores de Cuba y luego como consejera de la embajada dominicana en La Habana durante el gobierno de Hipólito Mejía. Los largos años de residencia en la isla hermana provocaron en Tati, como la llaman sus amigos, una identificación con el pueblo cubano que iba más allá de lo político. Su cotidianidad se había vuelto cubana, y el regreso al país, poco antes de las elecciones que enfrentarían a Hipólito Mejía y Leonel Fernández, supuso un proceso de readaptación sembrado de escollos. Ella había cambiado y el país que encontró no era el mismo en el que había sido educadora, sindicalista y cooperativista. Con sus vínculos de amistad debilitados por el tiempo y la distancia, un día alguien le propuso concertarle una cita con Yadira, y ella aceptó esperanzada. El encuentro rindió frutos inmediatos. Tati recuerda que, en el curso de esa primera conversación, Yadira le dijo que la necesitaba para el trabajo político que no ha dejado nunca de desarrollar. «Esa es la frase más usada por Yadira: “ Te necesito”. Es la que dice siempre a todas las personas en las que siente que puede depositar su confianza, pero sobre todo a las mujeres. Nunca había trabajado con ella, apenas acabábamos de conocernos y, sin embargo, me dio de inmediato la dirección electoral del comando de mujeres».

Eso solo fue posible porque Yadira no le pone freno a la gente ni cree que debe opinar sobre todo. Simplemente deposita confianza en ti para que hagas lo que ella entiende que debe hacerse sin necesidad de que ella participe.

Ysabel Altagracia Paulino

Unidas desde entonces por la política, agosto de 2020 las llevará a compartir el espacio laboral. Desde la subdirección del Plan Social de Asistencia Social de la Presidencia, la acompaña ahora en una cotidianidad que puede llegar a ser febril, porque el ímpetu de Yadira no se concede tregua. Tati coincide con otros informantes en la humildad intelectual y la tolerancia política como las características más resaltantes de su personalidad. Cuando no sabe, pregunta, y cuando las tareas requieren experiencia, privilegia el conocimiento frente a los vínculos de la militancia partidista. Nunca dice «emplea un compañero o una compañera, sino busca a quien sepa de eso».

Unidas también en la campaña a favor de Luis Abinader, Yadira la hizo participar de la formulación de una oferta programática a las mujeres que, para muchos, no tiene precedentes. Oferta de la que se desprenden, grosso modo, las políticas públicas que prometen subsanar las carencias que, acumuladas durante décadas, afectan el desarrollo social y humano de las mujeres. «Cuando Yadira me llamó para hablarme sobre la redacción de la propuesta yo estaba con covid-19, y me pareció que me vendría bien ocuparme de la tarea. Tenía un covid-19 no sintomático, pero que me obligaba a mantenerme encerrada. Recuerdo que me dijo, casi textualmente: “Cuando te levantes, quiero que de inmediato formes un equipo con mujeres de las distintas tendencias y de diferentes áreas del conocimiento para que trabajes con ellas en la redacción del documento”, y así lo hice. Formamos una comisión de mujeres, algunas de las cuales no conocía, pero que satisfacían el abanico de opiniones que Yadira procuraba: del partido, sin partido, abogadas, psicólogas, economistas, maestras, sindicalistas, feministas... «Eso solo fue posible porque Yadira no le pone freno a la gente ni cree que debe opinar sobre todo. Simplemente deposita confianza en ti para que hagas lo que ella entiende que debe hacerse sin necesidad de que ella participe».

Su valoración de esta conducción política es que la misma representa «un concepto muy amplio de democracia. En ocasiones solo valoramos la democracia hasta que nos toca ejercerla y la confundimos con nuestros puntos de vista. Ese no es el caso de Yadira». Alguien le preguntó en una ocasión cómo definiría a la compañera política que es ahora su jefa

laboral. Respondió que, para ella, Yadira es la fusión de la rebelión y la ternura, la lealtad y la visión más amplia del feminismo que ella conozca. Y porque su feminismo se traduce en irrenunciable sororidad, ejercer una función pública en la que tiene márgenes limitados de oferta y creación de empleo para las mujeres, la dirección del Plan de Asistencia Social de la Presidencia, es una fuente de mucha presión. «Su sufrimiento, pero también su lucha diaria, es ver cómo puede responder al derecho al trabajo de las mujeres. Donde quiera que haya estado, la cuota de las mujeres ha sido innegociable. Desempeñar su actual trabajo requiere una gran inteligencia para manejar los conflictos y una capacidad de respuesta muy grande. Ella la está demostrando». Su compromiso con las mujeres se plasma en la plantilla del Plan Social: la mayoría de los puestos están ocupados por mujeres, incluidos los gerenciales; una decisión que para Paulino demuestra su coherencia con lo que piensa y la fuerza de su convicción sobre el liderazgo de las mujeres.

Cuando los desacuerdos internos provocaron el fraccionamiento del PRD y la salida de la mayoría de sus dirigentes y militantes que dieron nacimiento al PRM, la Fedomusde, que ella había ayudado a fundar más de treinta años antes, se quedará en el sector contrario. El nuevo partido entraba a la escena política desprovisto de ese referente de lucha por los derechos de la mujer, y Yadira será la responsable de reorganizar la estructura de campaña femenina de Luis Abinader.s. «En menos de dos meses, las perremeístas contaban con una estructura en cada una de las provincias, municipio y sector social».

Paulino coincide con Manzueta en que Yadira ha podido conciliar sin mayores traumas el trabajo político con la familia, incluidos sus hermanos y hermanas. No la santifica ni ignora los aspectos problemáticos de su personalidad, pero sí insiste en valorar sus aptitudes políticas, organizativas y gerenciales, en las que sobresale su determinación de enfrentar los conflictos con soluciones. Como gerente, imprime a su quehacer la dinámica propia de su estilo político de idear modos eficientes de resolver las penurias de la gente, sobre todo de los más vulnerables. Exigente con la calidad de los resultados, se permite, sin embargo, ser flexible a la

hora de recibir las opiniones de terceros, difieran o no de las suyas. Su metodología es la consulta y el consenso que distribuye responsabilidades y crea deberes. Desacuerdos entre ellas los ha habido, sobre todo porque el propio talante de Paulino es contestario, pero ninguno que haya puesto en juego la amistad que las hermana. También han diferido en cuestiones políticas de relevancia nacional, pero han pasado las disensiones por el cedazo del debate interno que busca esclarecimiento y no algarabía. Así que, salvo que una de las dos tome caminos sociales contrarios a lo que han defendido siempre y juntas, no existe posibilidad alguna de que sus destinos diverjan.



Capítulo VIII:

Yadira íntima



VIII. Yadira íntima



VIII. Yadira íntima

Corría el año 1978 cuando Vicente Sánchez Baret, un histórico dirigente del PRD curtido en incontables batallas, conoció a Yadira en Jarabacoa donde coincidieron en actividades políticas. Fue amor a primera vista. A él lo atrajo la recia personalidad de la joven. A ella, la fuerza del discurso de él. Poco más de un año después, se casaban en una ceremonia celebrada en el Palacio Nacional y con el presidente Antonio Guzmán como padrino del enlace. Pero era una época difícil y él ocupaba una posición que lo mantenía en el candelero: la de secretario de Estado de Interior y Policía.

Entonces, recuerda Vicente, las conspiraciones contra el gobierno democrático que terminó con el nefasto período de «los doce años» de Balaguer fueron numerosas y él tuvo que trabajar duro para evitar que prosperaran. Para la tarea de preservar el orden constitucional, encontró un corajudo aliado en el procurador fiscal del Distrito Nacional Julio Ibarra Ríos. En aquellos días de tensiones, Yadira no titubeó en brindarle su apoyo y, junto a él, continuó desarrollando una intensa actividad política que fortaleció la relación de ambos. «Todavía muy joven, Yadira estuvo siempre en medio de esas situaciones, pero nunca se dobló, se mantuvo siempre firme respaldando las acciones del gobierno democrático». Años después de aquellos días turbulentos, involucrada en el trabajo femenino, agregando un reto más al de actuar en la política cuando todavía no era un espacio donde las mujeres se descollaran fácilmente. A su favor contaba

con la formación recibida en las aulas universitarias, conocimiento que puso al servicio de la redacción de las propuestas electorales del perredéismo de entonces, granjeándose el respeto de los intelectuales y técnicos a los que la dirigencia había encomendado la tarea.

Todavía muy joven, Yadira estuvo siempre en medio de esas situaciones, pero nunca se dobló, se mantuvo siempre firme respaldando las acciones del gobierno democrático.

Vicente Sánchez Baret

«Para entonces había un grupo muy reducido de mujeres que participaban activamente en la política, y ella se entregó al trabajo con las masas femeninas para atraerlas a la militancia», recuerda Vicente, quien resalta la impronta paterna en la reconocida atracción que sobre ella ha ejercido siempre la política. Ver el activismo de su padre, reacio a supeditarse a la amenaza permanente de la represión, fraguó la visión social de Yadira y sus capacidades de conducción de procesos en ocasiones complejos. Posiblemente su compromiso con la política sorprendería a no pocos, siendo ella una «muchacha de la sociedad vegana».

En un clima social reticente todavía a la presencia femenina en espacios históricamente masculinos, Vicente resistió las críticas, a veces veladas, otras abiertas, sobre la autonomía de la joven esposa. A este tipo de señalamientos respondía con su convencimiento de que las mujeres tienen derechos iguales a los hombres «porque el hecho de ser mujer no implica que sea un ser secundario en la sociedad, sino igual. Como sucede con nosotros los hombres, a algunas no les gusta la política y a otras sí. Claro, todavía el número de hombres que actúa en política es mayor, pero en la medida en que avanza la democracia se van abriendo espacios para las mujeres».

En el largo recorrido juntos hay un momento en que Vicente temió por Yadira. Fue un día de 1982 en que, estando en la Junta Central Electoral

(JCE) discutiendo las impugnaciones a los resultados de la candidatura a senador por Sánchez Ramírez a la que se había presentado, explotó una granada. Yadira resultó con heridas leves en una pierna provocadas por los fragmentos del artefacto, pero antes de que pudiera comprobar que estaba a salvo, a Vicente lo angustió la idea de que pudiera encontrarse entre quienes perdieron la vida en el incidente sobre el que se tejieron mil y una historias, todas ficticias. A tantos años de aquel suceso, Vicente recrea el ambiente de tensión extrema que provocaban el enardecimiento de sus seguidores, convencidos de una trama para arrebatárles el triunfo conseguido en las urnas y la excesiva presencia militar en los alrededores del recinto. A su lado, Yadira le ofrecía su solidaridad y su experiencia en las alegaciones jurídicas. Fue en el momento en que se aleja de ella para responder la llamada de un amigo cuando se produce la explosión. Para él, Yadira salvó la vida por un milagro. Los días posteriores la verán retornar a la JCE para continuar defendiendo la causa de Vicente «con una firmeza de roca».

Mami eran tan estricta que mis hermanas y yo bromeábamos con que ella en lugar de política debió ser generala del Ejército. Pero si ella no hubiera sido así, si no hubiera trazado una línea de rectitud, tal vez yo no hubiese sido quien soy hoy.

Vicente Sánchez Henríquez

Dieciocho años después, ambos ocuparán altos cargos en el gobierno de Hipólito Mejía. Ella secretaria de Estado de la Mujer; él, director general de Aduanas. El cúmulo de trabajo sin horario no incidió en su vida de pareja. Comprensivos con las responsabilidades del otro, trataron de contribuir a la buena marcha de las funciones respectivas como lo habían hecho siempre en la política.

De esa época, Vicente rescata la dedicación de Yadira a encontrar soluciones a los problemas de los más pobres, por lo que ser en el 2021 directora del PASP complace su aspiración de justicia social, pero también

su espíritu compasivo. «Cuando está en un lugar donde hay mucha pobreza, ella parece una más. Al mismo tiempo, tiene el don de que, contrario a como ocurría durante los repartos de administraciones anteriores, en los que ella dirige nunca se producen desórdenes».

Con dos hijas que la han hecho abuela, y un hijo que sigue sus pasos políticos y profesionales, de sus cualidades como madre Vicente resalta la habilidad para hacerles sentir que las ausencias del hogar a las que la obligaba la política no han reducido nunca la preocupación por su bienestar físico y emocional. Una de las expresiones de ese desvelo era la firmeza en hacer respetar las reglas domésticas y vivir de acuerdo con los recursos modestos de los que podían disponer.

De su rigor disciplinario también habla Vicentico, el hijo llegado cuando Flory y Yésica eran adolescentes y ya tenían sabidas las consecuencias que acarrearía desviarse del camino. Puede que en algún momento les haya parecido que el rigor era excesivo. Andando el tiempo, cuando la vida se ha vuelto autonomía y han tenido que decidir a cuenta y riesgo propios, los tres valoran el aprendizaje y lo mencionan como parte de esa herencia inmaterial que les ha legado la madre. Vicentico lo recalca: «Mami eran tan estricta que mis hermanas y yo bromeábamos con que ella; le decíamos que en lugar de política debió ser generala del Ejército. Pero si ella no hubiera sido así, si no hubiera trazado una línea de rectitud, tal vez yo no hubiese sido quien soy hoy. En el momento, como joven que siempre quiere salirse con la suya, veía los castigos e imposiciones con desagrado. Ella nos preparó para hacer frente a la realidad». La vigilancia la ejercía de varias maneras, una de ellas, el contacto diario con los profesores. Con esto también suplía su imposibilidad de asistir de manera regular a las reuniones convocadas por el colegio para informar a los padres sobre el rendimiento escolar de sus hijos.

A diferencia de sus hermanas Flory y Yésica, que crecieron en el interregno de la vuelta al poder de Joaquín Balaguer en 1986 y el triunfo de Leonel Fernández diez años después, su primera infancia transcurrió cuando su madre y su padre ocupaban cargos públicos que los absorbían

casi por completo. Ramona, la abuela materna, vendría desde La Vega a la capital para ocuparse de sus nietos. Vicentico era demasiado niño para definir el alcance de esas ausencias, pero en su memoria está la imagen de las maletas que ella preparaba para sus frecuentes viajes fuera del país obligada por su condición de presidenta de la CIM. Además de la abuela, las tías y sus hermanas, quienes guardan con él una diferencia de edad de varios años, también participarían en su proceso de crianza. Flory, la mayor, le ayudaba con las tareas escolares, lo mismo que Yésica en muchas de sus otras necesidades de niño. Las cosas cambiarán cuando, en el 2004, ambos padres regresan al hogar tras Hipólito Mejía perder la reelección. Yadira pasará a presidir la Fedomusde y, reeditando la historia materna, Vicentico comenzará a estar en medio de sus reuniones, enamorándose sin saberlo de la política.

Así fue construyendo la imagen que hoy tiene de su madre. Así aprendió a quererla y a sentir una admiración que desborda la relación filial. Casi no la ha visto en otra ocupación que no sea la política, trabajando sin descanso y sin exigir mejores condiciones para realizar su tarea. Durante la campaña electoral de 2020, venciendo las restricciones y los riesgos de la pandemia, Yadira se dedicó a organizar a las mujeres que respaldaban la candidatura de Luis Abinader. Hubo ocasiones en que, por la precariedad de los recursos, montada en un vehículo utilitario y conduciendo ella, salía de la capital a recorrer campos y pueblos fronterizos en busca del voto. Testigo de momentos en que el liderazgo de su madre se hizo sentir frente al peligro como un día del 2012 en que una caravana solo de mujeres fue atacada a tiros por grupos adversarios, Vicentico sintió que el orgullo erizaba su piel.

«También recuerdo, durante la campaña electoral que enfrentaba a Hipólito Mejía y a Danilo Medina, el “cacerolazo” que organizó el Día Internacional de la Mujer de 2012 frente al Centro Olímpico en protesta por la subida de los precios de los alimentos básicos. ¡Aquello fue apoteósico! Me preguntaba cómo tenía ese poder de convocatoria, cómo era capaz de movilizar masas de mujeres, ahora que la política es más mediática, más cibernética».

La disimilitud de la política actual con aquella en que se formó Yadira, que abrevaba en el vínculo directo con el pueblo, dimensiona ante sus ojos que continúe aún hoy congregando a grandes grupos para trabajar en defensa de ideas. Piensa también que de esa tradición política ya perimida es fruto su persistencia en ocuparse de manera personal de muchas de las funciones que deben cumplir otros empleados del PASP. Sorda a todo consejo y al razonamiento de que los intereses afectados por el cambio de gestión pueden intentar en cualquier momento jugarle una mala pasada, Yadira insiste en participar en los operativos de distribución que se realizan en los sectores más carenciados. Se resiste también a recibir los pequeños privilegios de su cargo ejecutivo y protesta cuando, en medio de un tapón, alguien que conduzca el vehículo en que se traslada apremie a los otros conductores tocando la bocina.

En esos espacios copados en su evocación por las mujeres, adquiriría Vicentico el convencimiento de la igualdad. Desde siempre, en sus oídos resuena la voz de su madre abogando por derechos, bregando contra las discriminaciones de género y rechazando incluso los chistes con tintes misóginos surgidos en la espontaneidad de la sobremesa. Su pensamiento «muy contemporáneo» sobre la condición de la mujer se alimenta de su dedicación a la lectura, afición que le permite tener un amplio abanico de temas sobre los cuales discutir con él y el resto de la familia. También en este aspecto, Vicentico reconoce la total influencia de Yadira en su manera de relacionarse con las muchachas y en su rechazo a la masculinidad tóxica, que lo llevan a proclamarse «un hombre feminista». Y como dice la voz popular, de tal palo, tal astilla, él estudió Derecho atraído por la posibilidad que ofrece de hacer valer la justicia y se involucró en la militancia política desde muy joven como organizador en la campaña electoral de 2016 de los primeros votantes a favor de Luis Abinader.

Médica de profesión, Yésica releva el rasgo distintivo de la personalidad de Yadira: la perseverancia en la persecución de los objetivos que se traza, una opinión que secunda la generalidad de las personas que la conocen. «Su capacidad de trabajo me sorprende. A través de los años la he visto trabajar por diferentes proyectos, siempre con una entrega sin tiempo, sin

pensar mucho en ella misma. Aunque parezca paradójico, desarrolla igual constancia en mantener unida a la familia, y en eso me recuerda mucho a la manera de ser de mi abuelo, su padre. Cuando él murió, ella abrazó esa responsabilidad y se ha mantenido como el ente de unión de sus hermanos, de sus sobrinos. Gracias a ella, nuestra casa se ha convertido en el punto de reunión de la familia completa».

Esa dedicación le ha sido retribuida. Es experiencia compartida por sus dos hijas y su hijo cómo las abuelas, las tías y los tíos y otros familiares cercanos se encargaron de llenar los momentos en que ella no estuvo. «Nunca estuvimos solos. Cuando llegaban las vacaciones escolares, de Navidad y Semana Santa nos íbamos a La Vega, a la casa de nuestros abuelos maternos. Ese era mi lugar feliz. En tiempos normales, nuestras tías se ocupaban de llevarnos a las clases extracurriculares, al parque, a pasear». Por eso, Yésica no puede decir que extrañó en algún momento la figura materna porque, además, cuando Yadira llegaba a la casa en la noche, luego de pasar todo el día fuera «sabía exactamente todo», y ese todo incluía desde las tareas escolares que faltaban por hacer a su prole hasta qué era necesario traer del supermercado a la cocina.

Al atributo de ser el centro aglutinador de su familia, Yadira agrega la naturalidad con la que conjuga los diferentes roles que la ocupan. Ese saber, que a Yésica le parece portentoso, de ser al mismo tiempo una política a tiempo completo, una profesional exitosa, una servidora pública con jornadas sin horario y un ama de casa pendiente de absolutamente todo lo necesario para el funcionamiento satisfactorio del día a día hogareño. Ella, que es esposa, madre y profesional, habitante de la modernidad que reduce a las personas a compartimentos estancos, se maravilla de las habilidades de su madre para repartirse sin que se note.

La adolescencia le tocó cuando Yadira era secretaria de Estado de la Mujer. A través de sus amigas, pudo dimensionar la influencia de su madre en el cambio de las mentalidades. Aquellas muchachitas rebeldes, como corresponde a esa etapa de la vida, veían en Yadira el modelo de mujer que ellas querían llegar a ser, en contraste con sus propias madres, ocupadas en

los oficios tradicionales del ama de casa. Yésica misma no podía definir en aquel momento las huellas que iba dejando su madre en su personalidad en gestación. Ya adulta, reconoce la influencia materna en su propia manera de pensar y actuar, en sus actitudes, y en su autoimagen como persona que tiene un valor y derechos, dispuesta a pelear siempre por lo que considera justo y en defensa de sus ideas. De niña extremadamente tímida, como lo fuera su madre, al punto de no atreverse a hacer preguntas elementales, dice no saber en qué momento se produjo la ruptura con ese estado que, aunque nunca lo confesó, preocupaba a Yadira. De lo que está convencida Yésica es de que su conversión en la mujer segura de sí misma que es hoy, es deuda con su madre. Yadira también ha cambiado con los años. Aquella rigidez de que hacía gala en la educación de sus hijas y su hijo ha mutado en flexibilidad extrema con sus nietas y nietos. Cuando ella o Flory se molestan por alguna travesura, quienes reciben la reprimenda son ellas, no los pequeños revoltosos.

Aquellas muchachitas rebeldes, como corresponde a esa etapa de la vida, veían en Yadira el modelo de mujer que ellas querían llegar a ser, en contraste con sus propias madres, ocupadas en los oficios tradicionales del ama de casa.

Sentimental y noble de corazón, pocos de quienes la han visto actuar en política podrían sospechar, cuando se acercan a ella por primera vez, que Yadira tiene el llanto fácil, una característica que también heredó su hija, para quien su designación como directora del PASP no es fortuita, sino el reconocimiento implícito de su vocación de servicio. Yésica lo resume de esta manera: «Aunque me inquieta que se someta a demasiado estrés y exposición, sé que su función la hace sentir plena porque es un lugar desde donde puede ser útil, que es la esencia de su vida».

Como política la impresiona, pero hubo momentos en su niñez que deseó de manera ferviente que Yadira fuera una madre «normal» para poder estar con ella cuando quisiera y, quizá lo más importante, porque su timidez le impedía disfrutar de su casa, visitada por decenas de personas cada día y a

cada hora. Nunca pudo un domingo salir en pijama de su habitación para desayunar despreocupadamente con sus padres porque siempre estaba presente algún visitante. Recuerda vivamente la ocasión en que irían de viaje todos juntos, cosa extrañísima porque era casi imposible conciliar las agendas, y ella rebotaba felicidad. Al momento de tomar el camino hacia el aeropuerto llegó alguien y hubo que atenderlo, con la consecuencia de llegar tarde y verse obligados a posponer el viaje para el día siguiente. Durante todo el trayecto de vuelta a la casa no paró de llorar. Tampoco tuvo en su infancia una celebración de cumpleaños enteramente suya: su fecha de nacimiento coincidía con la de José Francisco Peña Gómez, y sus padres nunca faltaron a los festejos del líder.

El miedo fue también parte de su experiencia de niña. Miedo de que sus padres no regresaran cuando salían a participar en caravanas u otros actos políticos. Miedo cuando el peligro fue real y no posible, como aquella noche en que las ráfagas disparadas contra la casa en que vivían los obligó a todos a tirarse al suelo. Miedo por ellos y por ella misma. «Todas esas cosas me hacían detestar la política, de la que pensaba que me arruinaba el momento con mis padres, que me robaba muchísimo». Al sentimiento de pérdida subyacente aun en la vida adulta, atribuye su desapego del compromiso político activo y su cumplido propósito de llevar una vida pública dedicada por entero a su profesión de médica. En un clan donde la política es parte del ADN, ella reclama su «apoliticidad», lo que no contradice su respeto al ejercicio político honesto de sus padres y ahora de su hermano Vicentico. «En un ámbito donde hay tanta deshonestidad, reconozco el valor de mis padres, pero no, no me gusta la política».

Lo que sí ha sido compensado son los dolores infantiles que la política le provocó. El resquemor se tornó con los años en comprensión de la mucha satisfacción que la política ha brindado a sus progenitores, por lo que no se le ocurre pensar en que a Yadira le toca retirarse a disfrutar con placidez de la vida familiar. Tiene por vivencia que los escasos intervalos de inactividad han cambiado notoriamente su humor. «Ella ama a sus nietos», cita como ejemplo, «pero mi madre no nació para cuidarlos. Ella, simplemente, nació para trabajar. Ama y disfruta lo que hace».

Cuando la ve defender de manera tan aguerrida lo que cree, Flory solo puede sentir «Orgullo, mucho orgullo, deseos de imitarla, de continuar su legado de poder caminar sin ser nunca señalada».

Flory es la primera en el orden de los nacimientos. Administradora de Empresa, entró a colaborar de manera honorífica con su madre cuando esta asumió la dirección del PASP. Como sus hermanos, la actividad política materna marcó desde muy temprana edad la opinión que todavía hoy tiene de ella, aunque no la ve como un fin, sino como el medio de canalizar ímpetus y de ayudar a cambiar la realidad de los otros. Desde niña, ha visto a Yadira utilizar sus posiciones para que «su voz sirva a otros, por lo general a otras, porque la verdad es que siempre ha tenido algo especial con las mujeres de su partido».

Compartir el espacio laboral no ha cambiado las cosas. Enérgica hasta el agotamiento de los otros, aun los más jóvenes, la relación entre ambas se caracteriza por la complementariedad. «Vengo del sector privado, he trabajado en mercadeo, y ella escucha mucho mis opiniones. La parte política es manejada enteramente por ella; yo me enfoco en lo administrativo y mercadológico, pero como crecí en un hogar donde se desayuna, come y cena política, nos entendemos bien».

Compañera en las actividades de promoción de la candidatura de Luis Abinader en las elecciones de 2020, Flory recorrió con ella todo el país. Salidas casi siempre en la madrugada para llegar temprano a su destino, el regreso podía tardar hasta el amanecer del día siguiente porque Yadira no abandonaba el recorrido hasta haber cumplido el itinerario. Hubo momentos de pasajera tensión entre ambas: en medio de una pandemia que obligó al país entero al encierro y fue pronosticado un cataclismo, ella continuó viajando y, sobre todo, acercándose a la gente sin medir el riesgo. No era pose, sino la expresión de una manera de ser a la que no ha querido nunca renunciar. Del mismo modo que la ha visto ser afectiva aun con desconocidos, la ha visto defender a rajatabla sus ideas frente a ministros y al propio presidente de la República y aplaudir con entusiasmo

la aprobación de decisiones que han contado con su apoyo. En las escasas circunstancias en que Flory ha criticado la energía con que se conduce en esos escenarios, la respuesta recibida la desarma: «A quien vivió tiempos en que la libertad era cuestionada, le resulta difícil cohibirse». Al final, verla defender de manera tan aguerrida lo que cree, provoca en Flory «orgullo, mucho orgullo, deseos de imitarla, de continuar su legado de poder caminar sin ser nunca señalada».

Su admiración por la militancia de Yadira no le ha evitado la aprensión de perderla. A su memoria vienen las imágenes del día en que en la provincia Juan Sánchez Ramírez, cuando Yadira apenas terminaba de dirigirse a la muchedumbre, hubo un intenso tiroteo, y a ella la invadió una desesperada incertidumbre. Momentos como el descrito no fueron excepcionales y hoy, adulta, reconoce las marcas que dejaron en su vida, pero no le duelen. Como su hermano Vicentico y su hermana Yésica, menciona el cuidado reparador que les ofreció la familia materna, haciéndoles sentir que, de alguna manera, la madre estaba presente. Con igual normalidad echa una mirada retrospectiva a aquella adolescencia durante la cual sus amigas y amigos, muchos con opciones políticas distintas a las de ella, se acostumbraron a encontrar, cuando llegaban a visitarla, a los principales dirigentes del PRD reunidos con sus padres discutiendo sobre las líneas políticas del partido. «Aprendieron también que mi casa podía convertirse en cualquier momento en un centro de acopio de la propaganda que distribuíamos, donde se preparaban banderas para los mítines y afiches, o que yo iba saliendo para una caravana, a la que en ocasiones me acompañaban. Esa era la vida».

Siendo estudiante universitaria, como si se propusiera cumplir un ritual iniciático, formó un grupo de afines al perredeísmo. Decepciones sufridas la hicieron abrir un paréntesis en la militancia, que retomará cuando, frente a un país que ella sentía que iba a la deriva, no pudo evitar el dilema que la llevó a decidir entre mantenerse esperando que otros hicieran mientras ella era simple espectadora, y moverse en favor del cambio de rumbo de la vida nacional. Pregunta sobre su propia ética, pero también herencia. En sus opciones resuenan como un eco los momentos en que, sentadas a

la mesa, ella veía a Yadira empeñada en la escritura de su tesis de grado, leyéndola en voz alta, y a ella absorbiendo como una esponja cada palabra. Igual con los discursos, que recitaba como un poema cuando su madre terminaba. Pero no solo conocía nuevas palabras, también ideas que fueron acumulándose en su inteligencia y conectándola con su progenitora. Así supo que solo la sororidad puede llevar a la sociedad de igualdad entre hombres y mujeres a la que su madre ha dedicado tantos sueños.

En el mundo íntimo de Yadira las fronteras se difuminan. Recapitular los primeros años de su vida de la mano de sus hermanos y hermanas es recorrer el camino que va de la niña que sufría como propios los castigos a que era sometido el travieso Alexis, a la adulta que en el día y la hora más insólitos le propone a Yoselin, la hermana más pequeña, acompañarla a Bávaro porque tiene deseos de ver a Jacqueline, la que completa el trío de mujeres Henríquez Núñez. El relato es intercambiable porque la relación con la hermana que asumió la responsabilidad de la familia a la muerte del padre está atravesada de un sentimiento de profundo respeto y cariño. En el inventario de sus vidas en común no cuenta negligencia alguna en el cuidado ni rechazo por incompatibilidad de pareceres. Para todos, ella encarna la extensión del padre como ejemplo de rectitud, intransigencia en la defensa de sus valores y una sensibilidad infrecuente que se muestra en la solidaridad y defensa de los vulnerables. Para ellos, Yadira se fijó como norte no defraudar la memoria de su padre, en ocasiones exigiéndose en ese cumplimiento más allá de lo razonable.

Su vocación política ha contado siempre con el apoyo de sus hermanos y hermanas, comprometidos con una visión progresista del país, aunque menos inclinados a la militancia a tiempo completo. Alexis, por ejemplo, ha estado a su lado sin por ello aspirar a posiciones, que no llaman su atención. «He colaborado con ella en cada coyuntura, siendo testigo de cómo es capaz de entregarse sin medida a las tareas que se impone. A veces le he criticado su vehemencia, su obstinación en que todo sea perfecto y salga de la mejor manera». Alexis suma al catálogo de las razones de la admiración por su hermana la capacidad organizativa que despliega, con la que ha sido capaz de extender por todo el país los grupos de mujeres que ha liderado.

Junto a ella le ha tocado vivir momentos de intensidad devastadora. De todos los que asentaron como malos recuerdos, el peor es el día en que en la JCE una granada les robó la vida a varios militantes del PRD, evocados ya por Vicente Sánchez Baret. Pero fue a Alexis a quien tocó cargarla para llevarla a la clínica a curarse las heridas, para su suerte leves, y prevenir conmociones. «Al verla dando gritos, la levanto y la llevo debajo de unas escaleras esperando que ocurrieran más desgracias, que dispararan». Fue ese un momento de gran intimidad entre ellos porque las personas que murieron eran todas próximas en el afecto. A ambos les costó una enormidad superar el sufrimiento por esas muertes. Mas también hay otras vivencias que compensan las dolorosas, como compartir sus éxitos en el país y en el extranjero como mujer comprometida con las mujeres, y como marcadora de hitos en el camino del país hacia la democracia.

Orgullo que la familia saborea con mayor fruición porque no esperaban que la hermanita tímida que fue ella se convirtiera en la decidida dirigente que llevó su nombre a los más recónditos lugares del país.

Orgullo que la familia saborea con mayor fruición porque no esperaban que la hermanita tímida que fue Yadira se convirtiera en la decidida dirigente que llevó su nombre a los más recónditos lugares del país. «Cuando pienso en su timidez, solo comparable con la mía, tengo que decir que Yadira nos sorprendió a todos porque, además, nosotros nos criamos con costumbres de pueblo, muy diferentes a las de la capital. La veíamos como una profesional, dedicada a su profesión. Pero las circunstancias llevan por caminos que uno no tiene pensados. Ella escogió la actividad política, y se ha destacado».

La imagen que guarda Eladio Antonio (Yayito), el mayor de la tribu Henríquez Núñez, difiere de la que conserva Alexis, aunque la relativiza: quizá en el espacio público ella fuera tímida, pero no en el seno de la familia. En lo que sí coinciden es en encontrar parecido entre las personalidades de Yadira y su padre. Ambos asumieron la política como un medio para servir a la gente, no como fin personal.

La rectitud es también rasgo paterno que incorporó a su bagaje. A ella «hay que hacerle las cosas por el libro». Cita el ejemplo de los bonos navideños repartidos en diciembre de 2020 por el PASP: la persona beneficiaria debía entregar copia de su cédula y llenar un formulario donde constaba en detalle lo recibido. Igual que el amor a la política que, como concuerdan familiares y amigos, también le fue inoculado por el padre, a quien no desalentaron nunca las adversas consecuencias que podían derivar de sus opciones. Consecuencias que, en diversos grados, también sufría toda la familia, como sucedió entre mayo y agosto de 1978, cuando el padre y Yadira tuvieron que abandonar la casa para sustraerse a las posibles represalias por su destacada participación en el éxito electoral de Antonio Guzmán.

En el lenguaje coloquial dominicano se suele decir «de tal palo, tal astilla» para señalar la naturalidad de las similitudes entre la conducta del progenitor y la de su descendencia. Para los Henríquez Núñez, el compromiso partidista es parte de una ética familiar a la que han respondido todos, aunque sin lugar a duda Yadira ha sido la más destacada. Él, que realizó estudios universitarios en Moscú cuando esta ciudad era la capital de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, se ve más como un servidor del Estado que como un político aspirante a candidaturas. En la balanza de la relación con su hermana pesan siempre más las cualidades que los defectos de ella. A veces puede exagerar su papel protector, pero la ternura borra todo atisbo de disgusto. La compensación tiene mayor peso que el reproche. La misma conducta de responsabilidad exhibe desde agosto de 2020 como jefa ahora de una institución que en el pasado fue blanco de críticas por la laxitud de sus gerentes. Mas esa ha sido su trayectoria desde siempre. Cuando fue secretaria de Estado de la Mujer, por sus manos pasaron infinidad de bienes, y ninguno fue escamoteado a sus reales destinatarios. Por eso nunca ha habido quejas de su administración, algo inusual en una sociedad que no supera aún su proclividad al denunciismo. En este aspecto, Yayito coincide con sus sobrinas Flory y Yésica y su sobrino Vicentico: Yadira llega a la intransigencia en su demanda de transparencia incluso en las transacciones a las que nadie les pondría mayor atención por su evidente futilidad. «Siempre he estado completamente seguro dice de

que cualquier función que ella asuma la hará bien, en primer lugar, porque se lo ha ganado; no es comprado, ni por ósmosis, no. Se ha ganado cada espacio ocupado porque es una fajadora».

Esa mujer enérgica e incansable no es ajena a la debilidad que la reconfirma como ser humano.

Esa mujer enérgica e incansable no es ajena a la debilidad que la reconfirma como ser humano. Yayito rememora aquel día en que, sentados ambos a la mesa, ella le pidió «apurar el paso en los estudios», cosa imposible en el estricto sistema universitario soviético, como le explicara él, quien se encontraba en el país de vacaciones. Fue entonces cuando ella, mirándolo a los ojos, le dijo: «Papi tiene cáncer», y se derrumbó deshecha en llanto. Vuelve a sentir la emoción de entonces porque «fue un momento de gran intimidad entre ella y yo, un momento donde no había nadie más».

Su experiencia de intimidad con la hermana es la marca que imprime en su relación con todos. Opinión repetida en las entrevistas es su voluntad de mantener unida a la familia en torno a la confianza recíproca. Yoselin, la quinta en el orden de los Henríquez Núñez, considera que es esa precisamente una de las virtudes más apreciada de Yadira. Aun cuando cada uno tiene su propia vida, recurren a ella cuando algún conflicto les inquieta para que haga de consejera, pero también para el placer del intercambio íntimo, alejado del afán de la política. «Ella continúa congregándonos porque se preocupa grandemente cuando algo nos afecta. Aunque no seamos iguales, aunque nuestros gustos tampoco lo sean, somos respetuosos del otro. Puedo decirle en ocasiones “manita, creo que eso no es así, bájale un chin”, aunque le repito siempre que hay que dar hasta que duela. Y así es ella: está pendiente no solo de su entorno familiar, sino de todo el que la rodea».

En la casa de La Vega, grande como la mayoría de las casas pueblerinas de la infancia de ambas, Yoselin la recuerda ocupada con aplomo en los quehaceres domésticos que en una división previamente acordada le tocaba realizar. Andando el tiempo, cuando Yadira se convirtió en la militante

política que desafiaba el riesgo, sus aprensiones por ella fueron las de todos. El temor, la angustia, pero también la satisfacción de verla recorrer su camino con determinación, escalar posiciones y de que su figura pública creciera sin que nadie pueda señalarla con el dedo. En los escasos momentos en que el dolor de alguna decepción la llevara a decir que abandonaría la política, Yoselin se encargó de recordarle que ella no podría hacerlo, por lo que le tocaba serenarse, encajar el golpe y seguir adelante. «Si volviera a nacer, le pediría a Dios el regalo de tener una hermana como ella, con sus sentimientos, sobre todo en estos tiempos en que los sentimientos son tan escasos y las personas solo piensan en lo que pueden obtener de los demás». Política que desafiaba el riesgo, sus aprensiones por ella fueron las de todos. El temor, la angustia, pero también la satisfacción de verla recorrer su camino con determinación, escalar posiciones y de que su figura pública creciera sin que nadie pueda señalarla con el dedo. En los escasos momentos en que el dolor de alguna decepción la llevara a decir que abandonaría la política, Yoselin se encargó de recordarle que ella no podría hacerlo, por lo que le tocaba serenarse, encajar el golpe y seguir adelante. «Si volviera a nacer, le pediría a Dios el regalo de tener una hermana como ella, con sus sentimientos, sobre todo en estos tiempos en que los sentimientos son tan escasos y las personas solo piensan en lo que pueden obtener de los demás».

No piensa que, si en lugar de concentrar el trabajo político en las mujeres hubiera dedicado su energía a otros sectores, sus éxitos fueran mayores. En definitiva, convertirse en portavoz de las reivindicaciones femeninas fue su opción temprana, no por azar o porque circunstancias ajenas a ella la llevaran a ese terreno. Reconoce, empero, que «trabajar con mujeres no es fácil para nadie, y tampoco lo ha sido para Yadira. Hay muchos tipos de mujeres y eso crea contradicciones».

Yoselin la acompañó durante la última campaña electoral que permitió al PRM ganar el poder. Cerrado el ciclo de la captación de votos, llegaría el de dar respuesta a las necesidades de quienes consumieron tiempo y pusieron esperanzas en el cambio del país y de las vidas propias. Durante meses, Yadira manejó expedientes y se comunicó de manera personal con

quienes estuvieron a su alrededor para indagar sobre sus necesidades, aun cuando sabía que sus márgenes para las soluciones eran estrechos.

Hablará por ella cuando señala la cualidad que destaca en Yadira por encima de cualquiera otra: su preocupación de que no le falte nada, su interés en la buena marcha de su cotidianidad. Solidaridad es la palabra que repite Yoselin como voz del coro de quienes, en la brega de la vida han compartido lo bueno y lo malo, lo dulce y lo amargo que durante décadas ha ido apretando los lazos que los unen.



Galardonadas con la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana 2021



LA AUTORA MARGARITA CORDERO

Es periodista, ha trabajado en la radio, la televisión y la prensa escrita y digital. Entre otros cargos en el oficio en medios referentes de la comunicación y el periodismo, fue analista política y reportera del periódico El Siglo, directora ejecutiva de la Revista Rumbo, comentarista y entrevistadora del programa informativo Uno+Uno, y directora del digital 7 días.

Premio Caonabo de Oro al Periodismo 2013 y Premio Nacional de Periodismo 2015. Ha escrito los libros Prostitución, esclavitud sexual femenina, en colaboración con Cristina Cavalcanti y Carmen Imbert Brugal, La mujer en los procesos electorales 1986-1990, La comunicación para mujeres en el desarrollo. Informe de investigación, Mujeres de Abril y la novela Nosotras, las de entonces.

Su aporte al proyecto "Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana", es invaluable y contribuye al firme propósito del Ministerio de la Mujer de construir con el acervo de los aportes, en todos los ámbitos de la sociedad, que han hecho las mujeres dominicanas.

